

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 284

BUENOS AIRES, MAYO 14 DE 1928

El ejemplar
20 Centavos.



Simón Radowitzky

SUMARIO DE ESTE NUMERO :

Páginas para la historia: Radowitzky ante los jueces—RUDOLF ROCKER: El mercado interior y el nivel de vida de los productores—LUIGI FABBRI: El individualismo en el anarquismo (1ra. parte)—SEBASTIAN FAURE: La síntesis anarquista—MAX NETTLAU: El buen acuerdo anarquista—ERRICO MALATESTA—La evolución del anarquismo. Discutiendo—JEAN GRAVE: La reforma y los anarquistas—LUIS BONAFOUX: Corzuelo incapaz... — OCTAVIO MIRBEAU: La muerte del perro—Estadísticas de la guerra de 1914-18—
Guilda de Amigos del Libro—Bibliografía

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA

RADOWITZKY ANTE LOS JUECES

En muchas ocasiones se nos han pedido detalles sobre la situación jurídica del caso Radowitzky. Juzgamos que ese conocimiento no está de más para los que en estos momentos se interesan por el caso de ese compañero y como además el estudio del expediente del proceso revela la altivez de su personalidad y la plena conciencia de las responsabilidades que contraía al dar muerte a Falcón, continuaremos reproduciendo materiales sobre los cuales pueden basar sus opiniones y estudios los entendidos en materias jurídicas y legales. Para nosotros tiene una importancia más decisiva la acción directa del proletariado nacional e internacional, pero, no obstante, el conocimiento exacto del proceso seguido contra Radowitzky no estará de más.

En números anteriores nos hemos referido a los hechos del primero de mayo de 1909 en Buenos Aires, a la personalidad de Radowitzky, a su vida en el presidio, a su segunda declaración en la indagatoria, etcétera. Queremos hoy dar copia exacta y literal de su primera declaración del 16 de noviembre y de la sentencia del juez Sotero Vázquez. En otro número daremos copia de la confirmación de la sentencia recurrida por el fiscal. Con eso y lo anteriormente citado tienen los que se interesen por el aspecto jurídico de la cuestión los materiales fundamentales del proceso. Creemos que existe una sólida argumentación jurídica contra la sentencia del juez Sotero Vázquez; ante todo los modernos penalistas reconocen todos el atenuante de los móviles sociales en hechos como el de Radowitzky. Se infligió a nuestro camarada el máximo de pena que le correspondía según la ley. No se ha tenido en cuenta ningún atenuante, ni siquiera la del carácter social del hecho, reconocido en el nuevo Código Penal. Pero no somos nosotros los llamados a dilucidar esta cuestión, porque, sean cualesquiera que sean las prescripciones legales, nosotros consideramos a Radowitzky como un héroe de memoria imperecedera, digno de la más caurosa solidaridad proletaria y revolucionaria.

DECLARACION DEL 16 DE NOVIEMBRE DE 1909

Hecho comparecer el detenido para recibirle declaración indagatoria, según el resumen del proceso se comportó así:

"Interrogado en forma legal, se negó a dar su nombre, edad, estado y nacionalidad, manifestando ser de profesión mecánico, no conocer el interior de la república, por no haber salido de la Capital Federal, negándose también a manifestar el tiempo de residencia en el país. Manifiesta no interesar para la causa sus datos personales. Que basta que se sepa que tiene 20 años, que trabaja desde la edad de diez años, sin decir dónde; que es el autor de la bomba que produjo la muerte del jefe de policía, coronel Falcón, a quien conocía por haberle visto en diferen-

tes ocasiones y para el cual estaba destinada la bomba que arrojó en persona, sin cómplices ni encubridores; que su propósito era dar muerte al Cnel. Falcón, fuera con quien fuera, y que la muerte de la persona que acompañaba al jefe, cuyo nombre ignora, se debe a la casualidad de ser quien le acompañaba. No le pesa al saber el resultado de la muerte. Con esto se suspendió el acto, haciéndole conocer el derecho que tiene y la ley le acuerda para nombrar defensor y leer la declaración, lo que pidió fuera hecho. Y siéndole leído por el autorizante, no la firmó diciendo que no sabía hacerlo, firmando el agente fiscal"...

TEXTO DE LOS CONSIDERANDOS Y DE LA SENTENCIA DEL JUEZ

Buenos Aires, 28 de junio de 1910.

Y vistos;

En la causa criminal seguida de oficio a Simón Radowitzky, de nacionalidad rusa, soltero, de 20 años de edad, con dos de residencia en el país, acusado de doble homicidio en las personas del jefe de policía de la Capital, coronel Ramón L. Falcón y su secretario, Alberto Lartigau, el día 14 de noviembre pasado en la sección 15 de policía, resulta:

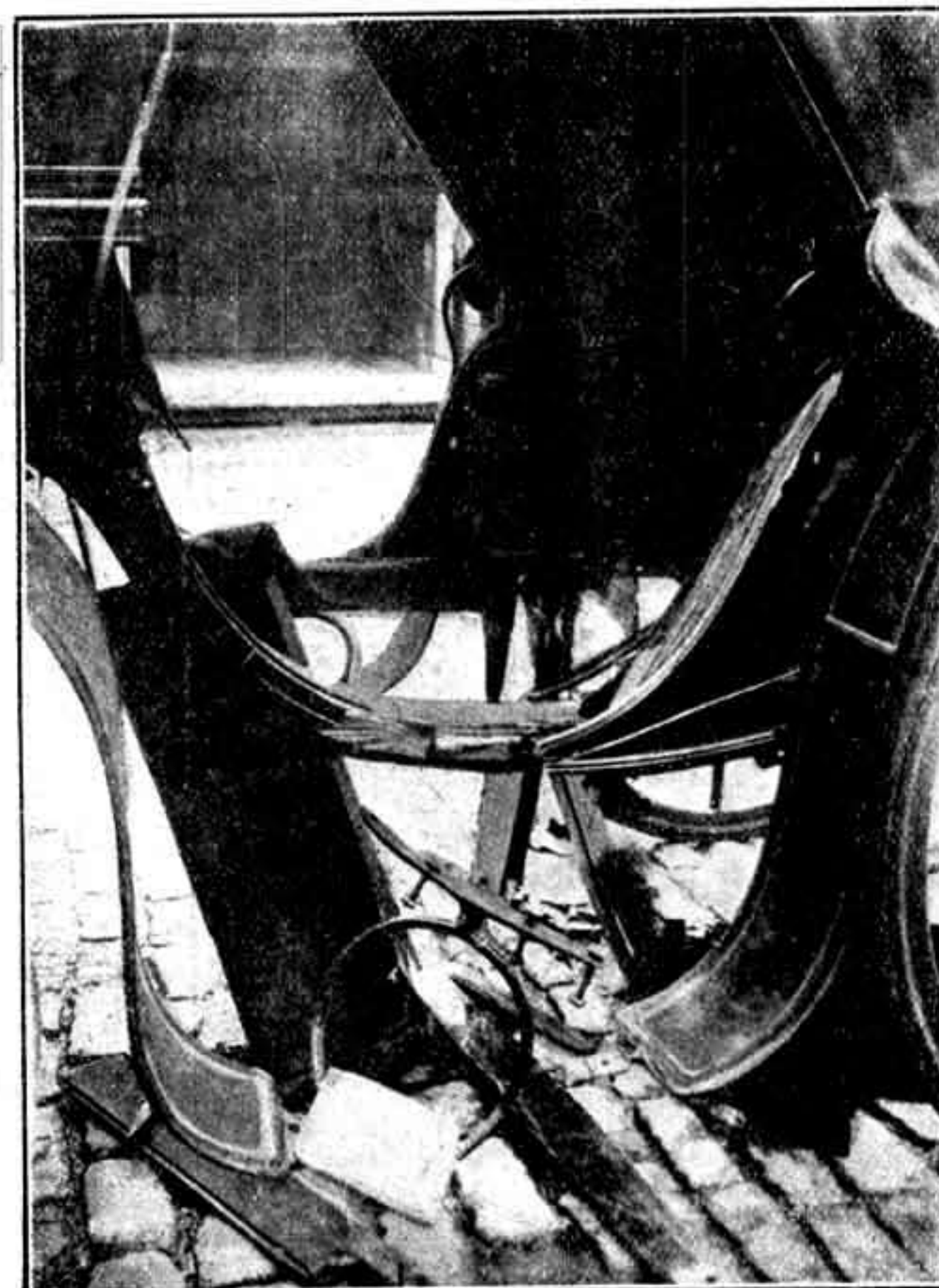
El comisario don Eloy Udabe denunció que hallándose de servicio el día indicado como a las 12 y media en el Cementerio Norte con motivo de la inhumación de los restos del director de la Cárcel penitenciaria, tuvo conocimiento por algunas personas que corrían en dirección a la Avenida Alvear que en la calle Callao y Avenida Quintana se había producido una fuerte explosión de la que habían resultado víctimas y heridos gravemente el señor jefe de policía, coronel Ramón L. Falcón, y su secretario privado Alberto Lartigau. Trasladado al lugar indicado constató que a esas personas, en circunstancias que se retiraban en un coche del Cementerio, un individuo desconocido que se aproximó al vehículo del señor jefe, les había arrojado una bomba explosiva en la calle Callao y Avenida Quintana, que estalló hiriénolas de gravedad en varias partes del cuerpo, principalmente en las extremidades inferiores, como asimismo al conductor del vehículo, Isidoro Ferrari, y destruyendo el carruaje.

Ordenadas las diligencias que el hecho imponía se le presentaron los agentes de policía Benigno Guzman y Enrique Mueller, que habían aprehendido al individuo sindicado como autor del hecho, que presentaba una herida de bala en la región del hombro derecho que él mismo se la había producido instantes antes de ser capturado y a quien se le secuestraron entre otras cosas un revólver cargado, con cuatro cartuchos a bala y una de ellas picada, una cápsula vacía y una pistola empavonada con 43 cartuchos de bala y tres cargadores con siete balas cada uno. Agüero vió cuando el procesado corrió a la par-

del coche donde iban las víctimas y luego arrojaba la bomba, y los agentes de policía Guzmán y Mueller, de facción en las inmediaciones del lugar del suceso, sintieron el estampido de la explosión de la bomba, se lanzaron en persecución del procesado, lo detuvieron en la Avenida Alvear entre Callao y Ayacucho, habiendo caído sobre la vereda al lado de una obra en construcción, a consecuencia de la lesión que se había inferido, y que el encausado se negó a dar su nombre y demás datos en ese momento. José Fornes y Emilio Sievens, que guiaban un automóvil y un coche por Avenida Quintana, marchando a corta distancia del que conducía a las víctimas, presenciaron cuando éste daba vuelta en Av. Quintana al tomar la calle Callao; el procesado, que estaba parado en la calzada, corrió hacia el carruaje e hizo un movimiento con las manos al mismo tiempo que sobre el vehículo se produjo una fuerte explosión, destruyéndolo en parte y cayendo del mismo un hombre con las piernas ensangrentadas. Que como viesen que el autor del hecho huía, lo persiguieron con otras personas, confirmando lo ya expuesto por los demás testigos. El menor de trece años Augusto Turene vió que un individuo que corría tras un coche arrojaba un bulto y luego se produjo la explosión, y Luis Meneghetti vió huir al procesado, persiguiéndole y presenciando cuando él mismo se hizo un disparo, le-

sionándose con su revólver. El cochero Isidoro Ferrari, conductor del vehículo en que iban las víctimas, dice que sintió un gran estruendo y que cuando pudo sostener los caballos que se habían asustado y se dio vuelta, vió al coronel Falcón herido que gritaba: ¡Asesinos! y pidiéndole al declarante que cortase una rienda para atarse la pierna, cosa que no pudo hacer por carecer de cuchillo y estar a punto de desmayarse, y que el señor Lartigau había caído también del coche y estaba herido en el pavimento. El procesado en su indagatoria se niega a dar el nombre y demás condiciones personales, limitándose a contestar que tiene veinte años y que fué único autor de la bomba que produjo la muerte del coronel Falcón, pues para él estaba destinada, la cual arrojó en persona, sin cómplices ni encubridores. Que su propósito era dar muerte al jefe de policía fuera con quien fuera y la muerte de la persona que acompañaba a este se debe a la casualidad, no obstante no le pesa, pues ambas cosas se constatan por las declaraciones y reconocimientos de Demetrio Kopeikin, Basilio Turiguin, Vladimir y Pedro Kuzinof, José Zamboni, Pedro Rosso, Gregorio Lermes; que el procesado se llama Simón Radowitzky, que trabajaba como herrero en los talleres de la casa Zamboni, ca-

lle Charcas, y que vivía en la calle Andes 394, en compañía de otras personas, y decía algunas veces que era anarquista. Ampliando su indagatoria confirma lo expuesto anteriormente, que había pensado arrojar la bomba después de los sucesos del primero de mayo, que la envoltura la fabricó en el término de tres días en los talleres de Zamboni y que la parte superior está compuesta por una taza de eje de coche y en su interior puso dinamita y ácidos cuyo nombre ignora, que los tenía en su casa y que llevó la bomba a su casa la tarde anterior al día en que se produjo el hecho; que a la mañana siguiente la llevó consigo sin que se dieran cuenta sus compañeros de pieza; que se dirigió a la calle Callao entre Charcas y Santa Fe para observar el domicilio del coronel Falcón, donde permaneció un rato leyendo un diario. Vió que había muerto un comisario o un hombre de policía y por esas circunstancias malició que Falcón debía concurrir; que lo vió salir de su casa y dirigirse en coche a la Recoleta, siguiéndole el declarante; esperó que el coronel Falcón saliera de la Recoleta y



Situación en que quedó el coche en que viajaba Ramón L. Falcón el 14 de noviembre de 1909

como ya llevaba la bomba, esperó a que subiera a su coche y se retirara; y cuando así lo hizo y a distancia de una o dos cuadras, habiendo visto que le acompañaba otra persona y que había poca gente en la calle, arrojó la bomba, después de haber seguido al coche como media cuadra por el lado izquierdo, pues el declarante es zurdo, la que cayó en el interior del vehículo; después de su estallido disparó, ignorando el efecto que produjo como también si Falcón y el acompañante resultaron heridos o muertos. Que fué perseguido por vigilantes y otras personas y como iba armado dice que hubiera podido matar cinco o seis vigilantes, pero no quiso hacerlo, prefiriendo hacerse un disparo y lesionándose como lo hizo.

Según el informe policial de foj. 15, la bomba fabricada por el encausado ha sido rellena de la más alta potencialidad dinámica, habiéndose empleado los nitros derivados que aun en pequeña cantidad habrían producido los efectos más desastrosos.

Elevada la causa a plenario, el ministerio fiscal pide se imponga al reo la pena de muerte, solicitando la defensa sólo diez años de presidio. Abierta la causa a prueba se produjo el certificado del actuario, y considerando que:

1.º Costa plenamente la existencia del hecho que ha motivado este proceso, por la indagatoria del encausado, que reúne todas las condiciones exigidas por el artículo 321 del Código de procedimientos criminales, se encuentra corroborada en las constancias de actas, declaraciones de testigos, relaciones, informes policiales, autopsias, partidas de defunción, armas y proyectiles, certificados y demás constancias de la causa. Surge igualmente de los mismos argumentos probatorios que su único autor fué el reo y que lo cometió en circunstancias de tiempo y lugar que expresa el mismo, lo que viene a determinar el carácter

del acto y las circunstancias agravantes que han contribuido a su ejecución.

2.º La responsabilidad del agente por el hecho inculcado resulta no sólo de su confesión en la que demuestra un dominio absoluto de sus facultades, sino también del informe médico; Radowitzky no es un degenerado ni un neurótico; es un sujeto normal que ha cometido el delito por el cual se le procesa con pleno goce de sus facultades.

3.º Lo que se ha discutido en el proceso es la penalidad que debe imponérsele. El agente fiscal, en su dictamen de acusación durante el plenario, ha solicitado la pena capital y es indudable que la forma como el acto se ha realizado empleando para su ejecución un instrumento cuyo efecto mortífero desconocido en nuestros tiempos alcanza a personas determinadas y cuya concepción salvaje ha escapado a la imaginación de los tiempos más crueles, como lo demuestra la naturaleza de las lesiones inferidas a las víctimas, la premeditación del acto, la indiferencia con que se confiesa en la indagatoria, haciendo alarde antes y después y en el momento del crimen de pertenecer a una secta terrorista y las intenciones de siniestra resistencia que surgen claramente de su actitud, armas y proyectiles, revelan una perversidad brutal tan manifiesta en su acción que sería suficiente para considerar al agente comprendido dentro de las disposiciones del art. 17, delito contra la vida, ley 4189 de reforma del código penal. Pero entre las tantas restricciones impuestas por nuestra ley represiva y procesal a la aplicación de la pena capital cediendo a tendencias benignas y abolicionistas y con el fin de dar un carácter realmente excepcional a su aplicación, se encuentra la disposición especial contenida en el artículo 59 del Código penal, inciso 8, art. 83 del mismo Código y art. 89 de la ley orgánica de los tribunales. Estando expresamente declarado en el pri-

mero el requisito de la mayor edad para poder imponerla, no pudiendo entenderse por esto sino lo preceptuado por la ley civil, esto es que haya cumplido 22 años.

4.º El procesado en su indagatoria ha confesado tener 20 años de edad y con eso coinciden los informes policiales que obran en la causa, decretados en la instrucción del sumario y por el infrascripto para su determinación exacta. Los facultativos manifiestan categórica y reiteradamente que es una de las cuestiones más complejas de la medicina legal y que no es posible determinar con exactitud la edad del procesado, porque los medios de que dispone la ciencia médica para su apreciación son deficientes, llegando a la conclusión de que podría tener de 20 a 25 años. La edad es parte integrante de la confesión, según lo establece el artículo 241 de la misma ley. Con ese fin durante el plenario pasa a demostrarlo la acusación con las diversas diligencias; la circunstancia de existir un informe médico legal en que se expresan dos distintos y distinguidos profesores nombrados de oficio, que ateniéndose a sus propias observaciones se creen autorizados a afirmar que el encausado tiene 22 años cumplidos, por lo menos, no altera la precedente consideración, porque esos asertos son sugeridos por observaciones personales y aun en el caso de ser aceptados en controversia con aquéllas, deben primar las de los médicos de los tribunales, según jurisprudencia que ha conservado la Excm. Cámara.

5.º La acusación sostiene que para la determinación de la edad del encausado debe tomarse el término medio del máximo y del mínimo fijado por los informes periciales, pero dada la naturaleza de nuestra ley procesal tampoco puede admitirse otra interpretación que la que fluye del testimonio del artículo 59 citado, que si es general es suficientemente claro, no pudiendo en ningún caso interpretarse por

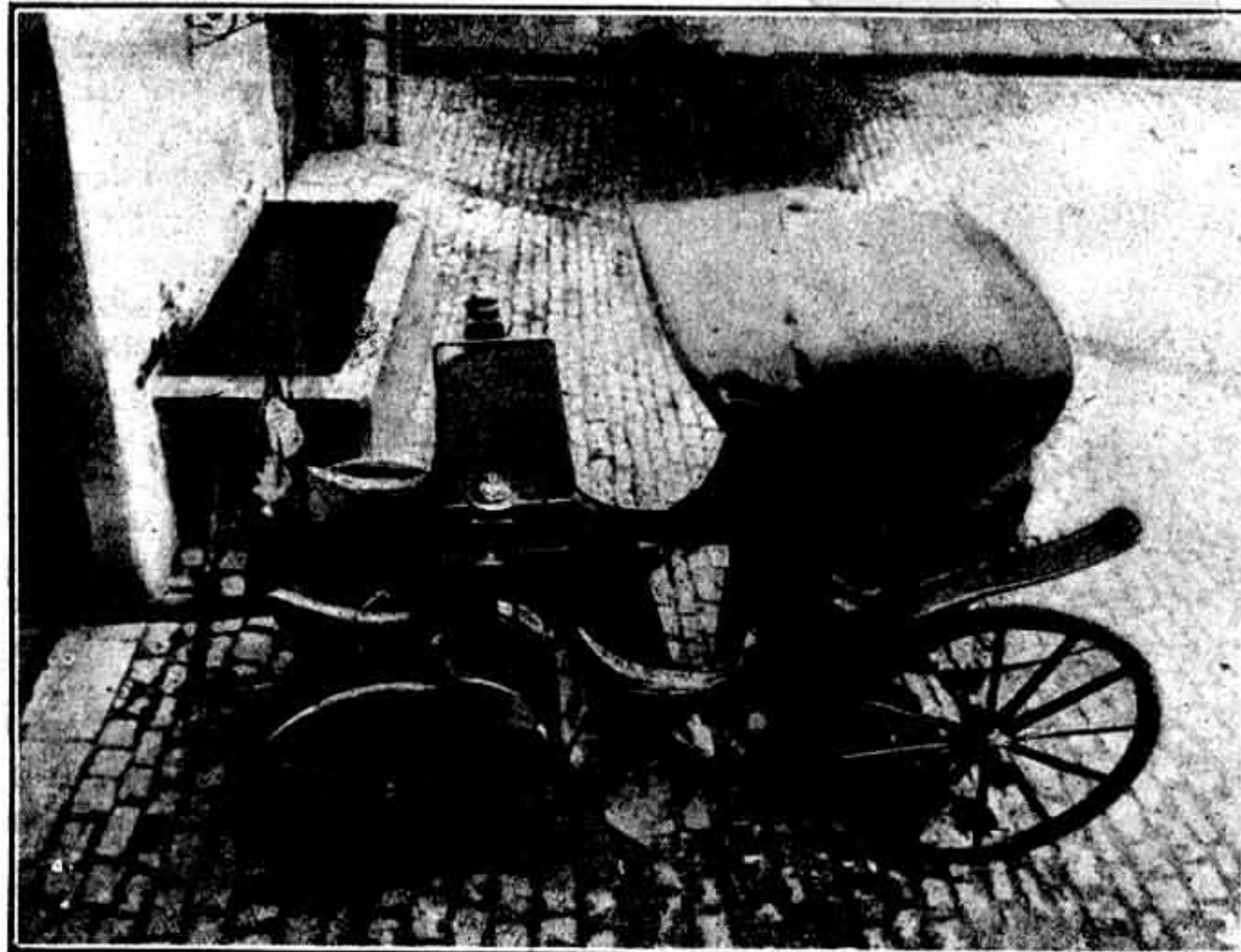
analogía contra el procesado o por otras leyes que las existentes y que si el justo terror causado a esta sociedad por la comisión de este delito puede levantar el clamor del acusador público, buscando interpretaciones adecuadas a nuestra actualidad, los principios fijos en que reposa el derecho de castigar y el peligro de invadir jurisdicciones, facultades de otros poderes, cuyas atribuciones están fijadas en nuestra Constitución, son sólo aplicables a las leyes objetivas. Así también lo ha declarado repetidas veces la Excelentísima Cámara cuando ha dicho que en esta materia hay que atenerse a la letra de la ley, que las analogías no tienen aplicación en materia represiva y mucho menos para agravar por extensión el concepto o sanción penal.

6.º En consecuencia, no existiendo en nuestro Código una calificación que permita al caso sub iudice substraerse a las reglas que rigen los principios generales y su texto mismo, el delito de autos es el ordinario de homicidio previsto y regido por la disposición legal citada en el tercer considerando con la pluralidad de circunstancias agravantes definidas en los incisos 2, 3, 4, 8 y 15 del art. 84 del Código penal, pero esta pena está mitigada por la sanción del recordado artículo 59, debiendo aplicársele también dada la gravedad del acto lo que preceptúa el art. 66 del mismo Código.

Por estos fundamentos y de acuerdo a las disposiciones legales citadas y no obstante lo dictaminado por el agente fiscal y solicitado por la defensa, fallo:

Condenando al encausado Simón Radowitzky como autor del doble homicidio perpetrado en la persona del jefe de policía de la Capital, coronel Ramón L. Falcón y de su secretario privado Alberto Lartigau a sufrir la pena de tiempo indeterminado con reclusión solitaria durante 20 días en los aniversarios del delito, accesorias legales y costas procesales.

J. Sotero Vázquez, Juez.



Otra fotografía del coche en que viajaba Falcón el 14 de Noviembre de 1909

RUDOLF ROCKER:

El mercado interior y el nivel de vida de los productores

Se habla hoy mucho de la superación del llamado nacionalismo económico y no son sólo economistas burgueses los que hablan de esa superación, sino también socialistas conocidos, que han extraído de eso una nueva consigna de batalla. Sin duda el capitalismo europeo cae cada día más en conflicto con los diversos sistemas económicos nacionales, cuyas estrechas formas no son ya apropiadas para él. La evolución y el devenir de los carteles internacionales son uno de los ensayos para superar las condiciones creadas por los conceptos políticos y nacionales del pasado. Pero cuando se concluye de ahí que es preciso transformar y reintegrar la modalidad económica de los pueblos europeos según sus capacidades especiales y las características supuestamente naturales, se tiene sólo una nueva suposición ideológica que no puede sustituir a los hechos escuetos y tiene que llevar a nuevas decepciones.

¿Qué sentido tiene, por ejemplo, el que, como sucede a menudo hoy, se designe la producción de car-

lón y la elaboración de hilados como característica nacional de los ingleses, y la industria del carbón y la potasa, la aplicación de procedimientos químicos, la estructura de la industria metalúrgica, la óptica, la electrotecnia y la impresión artística como característica de los alemanes, y el imaginar para cada nación especiales cualidades económicas a cuyo dominio se quisiera ver limitada su producción? Aquí el deseo es padre del pensamiento. Esa ideología es sólo una nueva edición de las ideologías milagrosas de los viejos economistas ingleses, que querían establecer que la naturaleza misma había determinado a unos pueblos para la industria y a otros para la agricultura. Esa ilusión ha sido quebrantada hace mucho, y su novísima expresión ideológica no tendrá un fin diverso, aunque no fuera más que porque su realización práctica significaría una limitación artificial de las disposiciones y capacidades culturales de los pueblos. Se puede someter a los individuos a la especialización, pero no a pueblos enteros. Cuánto más cla-

re vió Kropotkin el porvenir de nuestra evolución social y económica cuando dijo:

"Los pueblos se niegan a dejarse limitar a determinados oficios y profesiones particulares. Toda nación es una mezcla de diversas tendencias e inclinaciones del gusto, de los deseos y de fuentes auxiliares, de capacidades creadoras y de fuerzas inventivas. Por otra parte el territorio habitado por cada nación tiene rasgos completamente distintos de superficie y de clima, de montañas y de valles y de diferencia de latitudes, que llevan a una mayor diversidad de países y de razas. La diversidad es para cada país y sus habitantes el rasgo más claro, y su diversidad implica una diversidad de los oficios. La agricultura suscita fábricas, y las fábricas apoyan la agricultura. Ambas son inseparables; la unión de ambas, la complementación de ambas produce los más grandes resultados. En la medida que el conocimiento técnico es dominado eficazmente por todos, en la medida que ese saber se internacionaliza y no puede ser mantenido oculto más tiempo, adquiere cada nación la posibilidad de emplear toda la diversidad de sus fuerzas a la diversidad de sus actividades agrícolas e industriales. El saber no conoce ninguna frontera política artificialmente levantada. Y lo mismo pasa con la industria. La actual aspiración de la humanidad consiste en instalar la mayor diversidad posible de industrias en cada país, incluso en cada distrito especial al lado de la agricultura. Las necesidades de las comunidades humanas corresponden así a las necesidades de los individuos, y mientras que una división temporal de las actividades permanece la más segura garantía del éxito en toda empresa especializada, la división duradera del trabajo está condenada a la decadencia, para ser suplantada por la diversidad de las actividades, actividades de naturaleza espiritual, industrial y agrícola, que corresponden a las diversas capacidades del individuo tanto como a la diversidad de capacidades dentro de toda comunidad humana".

Esa interpretación de las cosas no es de ningún modo una defensa del nacionalismo político o de las fronteras artificialmente trazadas entre pueblo y pueblo. Al contrario, aun cuando todas las fronteras de naturaleza política y nacional desaparecieran un día, el desenvolvimiento natural se expresaría del mismo modo. Justamente por ese motivo esta interpretación de un estado social futuro debería ser para nosotros como una brújula en nuestra actitud frente a los fenómenos actuales de la sociedad capitalista. Ciertamente cuando, como ocurre en la mayor parte de los actuales socialistas, no se vé en el individuo otra cosa que una rueda o un tornillo de la gran máquina del Estado y se intenta determinar y tutelar legalmente todos los actos de su vida desde la cuna a la tumba; cuando se sacrifica a la defensa de la ley todo sentimiento de libertad y de independencia personal, entonces se puede permitir uno, sin duda, el querer oprimir a cada pueblo en un cartabón económico especial. Esta interpretación es completamente digna de aquella otra que cree ver en la actual trustificación y en la racionalización un estadio necesario para la realización del socialismo.

En el fondo la crisis económica que se hace sentir de manera tan terrible en millones de seres humanos en Europa, es más bien un problema del consumo que un problema de la producción. Si nuestro sistema económico estuviera conformado a la satisfacción de las necesidades de la comunidad, se advertiría menos una crisis. Pero con el sistema presente el bene-

ficio de las minorías poseedoras juega el papel dominante en la organización de la economía. Allí donde el beneficio parece estarles mejor garantizado, allí buscan los capitalistas un lugar para su actividad, sin importarles absolutamente que eso vaya en detrimento de la comunidad.

La mayor parte de todos los productos que elabora hoy una nación encuentran su venta en el mercado interior y no entran en consideración como materias exportables. Así Alemania coloca un 82 u 83 por ciento de sus artículos elaborados en el propio país y sólo un 17 por ciento va a otros países. En Inglaterra, cuya posición como imperio colonial es esencialmente distinta de la de Alemania, la proporción es diversa; pero también allí un 72 por ciento de los productos elaborados en el país son vendidos en el mercado interior, mientras que un 28 por ciento se dedican como materias de exportación a los mercados exteriores. Si se consideran todos los otros países resulta que por término medio el 80 por ciento de los productos elaborados se consumen en el propio país y en consecuencia sólo un 20 por ciento son destinados al mercado mundial. Naturalmente con eso no están ni con mucho agotadas las posibilidades de los capitalistas de obtener ganancias. Como las inversiones de capital en las empresas extranjeras por lo general rentan más que en el propio país, los capitalistas de todos los países industriales dirigentes han dedicado su más grande atención a ese aspecto del sistema actual. Eso se manifiesta del mejor modo en el rol que asumió la América del norte en la economía mundial. El capitalismo americano, por el sistema de las inversiones de capital en el extranjero, que ha desarrollado en medida formidable, se ha vuelto hoy propietario efectivo de ferrocarriles, plantas, fábricas y otras formas de propiedad fuera del territorio político de los Estados Unidos. En ese sentido Europa hoy es en gran parte una colonia norteamericana. Las mismas influencias se hacen sentir en todos los otros países americanos y también en el Asia oriental. Antes de la guerra los norteamericanos debían a Europa alrededor de cinco millones de dólares. Pero durante la guerra los Estados Unidos no sólo volvieron a comprar tres mil millones de valores norteamericanos en el extranjero, sino que han entregado al extranjero al mismo tiempo en forma de materiales, créditos, etc., nueve mil millones de dólares. Durante los cuatro años y medio que duró la guerra, los Estados Unidos exportaron artículos por 22.974 millones de dólares, mientras que la importación sólo fué de 11.166 millones de dólares, lo que da un balance de 11 millones de dólares a favor de Estados Unidos.

El Department of Commerce calcula las inversiones de capital norteamericano en el extranjero como sigue:

Europa	1.900.000.000	dólares
Asia y Oceanía	690.000.000	"
América latina	4.040.000.000	"
Canadá y Nueva Zelandia	2.460.000.000	"

A pesar de todo sería una falsa suposición el querer atribuir, como se hace muy a menudo, el colosal crecimiento económico de los Estados Unidos exclusivamente a ese fenómeno. Sin duda ha cooperado eso grandemente, como también la fabulosa riqueza en materias primas de aquel país beneficiado por la naturaleza, en el desarrollo económico. Pero el verdadero secreto de la cosa está en la elevación continua del mercado interior por la reducción sistemática de los precios y el aumento del nivel de vida de

las grandes capas de la población. Se trata aquí de una nueva actitud del capitalismo americano, que se abre cada vez más camino y se expresa prácticamente. Ya el conocido rey del acero Andrew Carnegie había reconocido que el arma más fuerte para la conquista de mercados extranjeros es un ventajoso mercado interno. Ese reconocimiento ha penetrado más y más en los círculos del capitalismo americano en el curso de los años y encuentra hoy en América una serie entera de distinguidos políticos económicos y de economistas como portavoces enérgicos.

La exportación americana ha retrocedido hasta de un modo no insignificante. En el año 1911 la exportación de artículos elaborados llegó a un 7 por ciento. Esa suma se duplicó aproximadamente en 1916, en la época de los negocios de la guerra, para reducirse hasta un 5.9 por ciento en 1922, cayendo en 1926 a un 5.3 por ciento. Pero en la misma época aumentó ininterrumpidamente la venta en el mercado interno. Justamente porque la capacidad industrial de producción sobrepasa al consumo, está el problema del consumo en el centro de todas las consideraciones y comparaciones económicas. En eso consiste actualmente la gran diferencia entre Europa y América y especialmente entre Alemania y Estados Unidos.

El capitalismo norteamericano se apoya en primera línea en el completo aprovechamiento de todos los recursos técnicos y en la capacidad de compra de las grandes masas en el mercado interno. El capitalismo sabe exactamente que a los salarios de hambre y a un proletariado que lucha siempre por las más primitivas necesidades de la vida material no les es siempre accesible el mercado interno y la economía tiene que atravesar grandes dificultades. Dejando ya a un lado los efectos políticos de tal situación.

La experiencia ha enseñado al capitalismo americano que el otro camino es el mejor. No es humanidad — el capitalismo americano es todo menos sentimental —, lo que ha hecho sensible al capitalismo americano para esos métodos, sino la experiencia práctica y el interés bien entendido. El capitalismo en América es menos limitado que su equivalente de Europa y especialmente de Alemania.

Está claro para todos — declaró hace un tiempo el ministro norteamericano de Comercio Herbert Hoover — que lo esencial, la quintaesencia de una fabricación en gran escala son los altos salarios y los precios de venta baratos. Todo el sistema se basa en la aspiración a agrandar todo lo posible la magnitud del consumo para estimular de ese modo según las fuerzas la producción, aumentar el salario real y elevar correspondientemente el nivel general de vida del obrero".

Gracias a los altos salarios, los precios bajos y una explotación sin límites de todos los recursos técnicos no sólo ha desarrollado el capitalismo americano la industria hasta un grado que parece fabuloso, sino que ha producido de ese modo también una revolución de la ciudad y el hogar. Millares de cosas que aquí nos parecen lujo evitable, son en América, en los círculos obreros incluso, una necesidad natural. Se sabe que la vivienda del obrero norteamericano está mucho mejor montada que la del obrero europeo y apenas requiere que se cite eso expresamente. Hay en las ciudades de Estados Unidos pocas viviendas en que no se encuentre baño, luz eléctrica y teléfono. Las máquinas eléctricas para lavar la ropa, los absorbedores de polvo, etc., están generalmente difundidos y hallan aplicación práctica también en ambientes donde antes no se

habría podido pensar en ello. También hay que citar la gigantesca difusión de los automóviles. Cada dos familias en Estados Unidos está hoy una en posesión de un automóvil.

Hasta un observador tan prudente como el doctor Karl Koettgen, el vicepresidente del Reichskuratorium fuer Wirtschaftlichkeit declara en su informe sobre su viaje de estudios a Estados Unidos, que el obrero americano se alimenta abundantemente y tiene además un buen 20 por ciento de sus ingresos para "otros gastos". Para la alimentación gasta un 43.1 por ciento, para vivienda un 17.7 por ciento, para el vestido un 13.2 por ciento, para la calefacción y la luz un 5.6 por ciento de sus ingresos. En cambio, el obrero alemán tiene que gastar del 60 al 70 por ciento de sus salarios sólo para la alimentación y la vivienda, de manera que para las otras necesidades le resta muy poco. Según nuevas estadísticas, la proporción para el obrero alemán es aun más desfavorable, pues la parte de los obreros de ambos países en los gastos totales del sostenimiento de la vida se resumen como sigue:

Estados Unidos: Alimentación, 34.9 por ciento; vivienda, 10.6; calefacción, 41.1; vestido, 20.4; diversos, 30.1 por ciento.

Alemania: Alimentación, 56.0 por ciento; vivienda, 14.0; calefacción, 7.0; vestido, 11.0; diversos, 12.0 por ciento.

En general se puede decir que los obreros norteamericanos, cuando se compara la proporción de los salarios con los gastos necesarios para el sostenimiento de la vida, está dos veces y media y hasta tres veces por término medio mejor que los de Alemania. Pero aquí, como se ha dicho, no se habla más que del término medio, pues en algunas de las más importantes categorías de trabajo la proporción es todavía mucho más drástica. Ese estado de cosas hay que atribuirlo principalmente a la aspiración del capitalismo americano a adaptar la producción en primera línea a las necesidades del propio mercado y a acrecentar esas necesidades continuamente por el aumento de los salarios y la reducción de los precios, con lo cual ayudan a su modo a los sindicatos. Así declaró hace poco el conocido magnate del acero francés Loucher en un discurso: "En América decide más el poder de la fuerza de compra que el poder de la producción. Mientras que la curva americana de los precios está en 160 en comparación con los tiempos de paz, los salarios tienen un índice de 240".

Con esa novísima actitud del capitalismo norteamericano se quebranta otro viejo dogma marxista, que hasta aquí había pasado por ley infalible de la economía capitalista. ¡Cuán frecuentemente hemos oído que el capitalismo no tiene ningún interés en aumentar las necesidades del mercado interno, porque de esa manera los beneficios disminuirían! Rosa Luxemburg ha defendido extremadamente ese punto de vista y Rudolf Hilferding le dió en su conocida obra "Das Finanzkapital" la siguiente expresión teórica:

"Si el consumo fuese extensible a voluntad, la superproducción no sería posible. Pero en las condiciones capitalistas la extensión del consumo significa disminución de los beneficios. Pues la extensión del consumo está ligada al aumento del salario obrero. Y eso significa disminución de la plusvalía y, por consiguiente, disminución de beneficios".

Ahora bien, los beneficios del capitalismo americano no han disminuído, incluso, gracias a los nuevos métodos, aumentaron de un modo insignificante, con

lo cual se demostró otra vez acertadamente que la realidad de la vida es más fuerte que el doctrinarismo de las teorías abstractas. Pero por el ejemplo americano queda también malparado otro dogma de la ideología marxista. Cuando Rosa Luxemburg señalaba que el capitalismo estaba al fin de sus latines, pues no estaban a su disposición en cantidad suficiente para la realización de la plus valía, la venta y los mercados de los países no capitalistas, la transformación espiritual del capitalismo norteamericano y sus resultados prácticos inmediatos nos muestra que una economía capitalista podría existir muy bien sin la existencia de territorios capitalistas. Es sabido que el capitalismo supo explotar en su beneficio la existencia de tales territorios y lo sabe aun, pero eso no prueba ni con mucho que no sabría componérselas de otro modo en cuanto no tuviera a su disposición tales territorios; incluso cuando tuviera que sacrificar además una parte de sus actuales beneficios. ¿Quién lo relevaría? ¿El socialismo? Pero justamente los Estados Unidos nos muestran bastante que ni el desarrollo más fabuloso de las condiciones capitalistas de la producción fué capaz hasta aquí de acercar espiritualmente las grandes masas de los productores al socialismo. En ningún país ha echado el socialismo hasta aquí tan pocas raíces como en los Estados Unidos, a pesar del enorme crecimiento de la economía capitalista. ¿No debería enseñarnos eso que para la realización del socialismo se necesita otra cosa que las eventuales condiciones de la producción? A nosotros nos parece que para el socialismo, ante todo son ineludiblemente necesarios un claro reconocimiento de las cosas, un sentimiento social de justicia hondamente arraigada y la firme voluntad de hacer pasar las convicciones a la categoría de hechos. Pero justamente esas condiciones tan necesarias no encuentran ni en el fatalismo económico de los marxistas ni en el palabrerío político de los modernos partidos obreros el alimento espiritual tan necesario para su desenvolvimiento. Al contrario, las tendencias antilibertarias y la ciega credulidad en el Estado, que se manifiestan cada vez más fuertemente en el moderno movimiento obrero, no contribuyen seguramente a estimular los verdaderos fines del socialismo. No lo olvidemos nunca: ¡El socialismo será libre o no será!

El capitalismo alemán ha adoptado de América los métodos técnicos de la racionalización y los ha aplicado ya en la medida más vasta, pero se resiste con pies y manos contra la elevación del mercado interno por el aumento de los salarios y la reducción de los precios. Las causas de ello las hemos mencionado ya. Por una parte desempeña aquí el papel determinante la aspiración tenaz, aunque infructuosa, a forzar la exportación de artículos para el extranjero por el aumento de las cualidades del trabajo y principalmente por la cantidad del trabajo con ayuda de altos precios internos y bajos salarios; pero por otra parte esa aspiración es esencialmente estimulada por la actitud característica de los industriales alemanes, que, gracias a su caprichoso punto de vista señorial quieren tener a los obreros todo lo posible bajo el knut. En esas condiciones no hay que maravillarse de que la situación en el mercado se vuelva cada vez más difícil, lo que naturalmente repercute en la situación de los productores y viceversa. A pesar de una mejor coyuntura, la capacidad de compra de las masas en Alemania no se ha mejorado: comparada con 1925 se ha producido incluso un nuevo retroceso. Eso se deduce cla-

ramente de las constataciones del Instituto para la investigación de la coyuntura, de donde toma el jefe sindical W. Eggert, en el suplemento económico del "Vorwaerts", las siguientes cifras interesantes:

Grupo de artículos	VENTAS MENSUALES EN ARTIC. DE COMERCIO			
	(Valor de la venta: Media Mensual de 1924: 100)			
	Abril		Mayo	
Vestido	131,2	106,4	139,8	115,2
Confec. de hombres	186,4	85,6	169,1	94,6
Id. de señoras	136,8	95,8	139,6	100,3
Id. para niñas	137,8	79,1	123,7	91,5
Ropa de niños	220,1	128,3	241,8	145,1
Artículos de algodón	103,2	101,1	197,9	127,7
Sombreros de hombre	179,3	121,7	155,3	128,7
Sedas	133,0	159,1	183,3	191,0
Calzado	136,6	121,7	140,4	136,8
Muebles y art. hogar	109,8	89,4	105,9	97,4
Camas y cortinas	113,0	78,4	123,0	86,1
Juguetes	58,6	48,3	53,0	45,5

Como se ve por estos números la venta de toda clase de artículos ha retrocedido, en algunas casos muy considerablemente. Sólo la seda constituye una excepción. Por lo demás, ese retroceso de la capacidad de compra no es sorprendente cuando se considera que, según la estadística de los impuestos del Reich, los asalariados que deben pagar impuestos en 1926 recibieron en 1926 unos 3.500.000.000 marcos menos de salario que el año pasado. Frente a esa baja en los salarios, se tiene una cuota de contribuciones e impuestos por 273 millones de marcos más que el año pasado, que ha salido de los beneficios del capital y de los ingresos aumentados. Si se añade a eso que el Reich en 1926 tuvo un superávit en derechos aduaneros de alrededor de 350 millones de marcos en comparación con el año precedente, lo que significa un encarecimiento del nivel de vida, se comprende por qué tenía que retroceder la venta en el país. Lo más asombroso de todo, sin embargo, es el hecho abrumador de que el proletariado alemán con su ejército organizado de millones hasta aquí apenas ha reaccionado seriamente contra ese terrible sabotaje a su nivel de vida y ha tolerado sin resistencia alguna toda suerte de brutalidades del capitalismo, como si no pudiera hacer otra cosa. Es verdad que el descontento entre las masas laboriosas es grande, pero le falta la voluntad colectiva de cambiar el orden actual y ante todo el claro reconocimiento de que los métodos usados hasta aquí han perdido toda su eficacia frente a la nueva conformación del sistema económico capitalista y hoy sólo pueden ser considerados como un obstáculo para la liberación definitiva del proletariado.



LUIS FABBRI

EL INDIVIDUALISMO EN EL ANARQUISMO

I

Ante todo, es preciso entenderse sobre el significado de la palabra "individualismo". Si preguntáais por ese significado a los individualistas, o a los que se dicen tales, no conseguiréis establecer nada, pues se puede decir que todo individualista entiende el individualismo a su manera particular, de un modo diverso y a menudo opuesto a los otros. En línea general, el individualismo, como dice la palabra misma, tiene por punto de partida el individuo y lo pone en el centro de todo; en el campo político y social puede decirse el conjunto de las reivindicaciones del individuo y de sus derechos de libertad y de disfrute en relación a la sociedad y contra las instituciones autoritarias y coercitivas de ésta.

Un individualismo en sentido más absoluto es inconcebible, fuera de la realidad y de la vida. El individuo, como abstracción, no tiene mayor importancia que su abstracción opuesta, la sociedad. En la realidad viva no existen la sociedad en sí o el individuo en sí: existen sólo individuos asociados y sociedades de individuos; diversos los primeros de las segundas, según — cuando se habla de asociaciones humanas — la voluntad explícita de los individuos y los modos y formas en que está organizada la sociedad: los unos y las otras obran y reaccionan recíprocamente, determinándose unos a otros. Por consiguiente, cuando nos ocupamos del individualismo, es siempre en un sentido relativo que debemos entenderlo: es decir, en relación con el ambiente social con el grado de evolución alcanzado, con el punto de vista desde el cual es considerado el derecho individual.

Las doctrinas individualistas son varias. Primero aún que se hablase de individualismo en medio de los revolucionarios, había formas de individualismo peculiarísimas de las castas y clases dominantes, algunas aristocráticas y otras democráticas. A las primeras pertenece la concepción de la "bestia rubia" de Nietzsche: el hombre fuerte y solo que no tiene piedad para los débiles e impone al mundo de estos su voluntad de poder, sin preocuparse de otra cosa que de la propia alegría de vivir y de la propia dominación: concepción que puede ser entendida impone por la fuerza de su inteligencia, pero también impone por la fuerza de su inteligencia, pero que bien en el más horrible, del tirano que con la violencia y el fraude se convierte en el opresor y el torturador de sus semejantes. A las formas democráticas de individualismo, surgidas del liberalismo burgués, hijo de las revoluciones inglesa y francesa, pertenece la de Spencer, la cual reivindica contra el Estado los derechos del individuo a decir y publicar su pensamiento, a asociarse, etc., pero concibe estos derechos en la órbita de la constitución capitalista de la sociedad, y con eso, en substancia, los limita y hace de ellos un privilegio de los individuos que

pertenecen a la clase poseedora, los cuales son los únicos que tienen la posibilidad material de usufructuarlos. En el terreno económico, pues, estas especies de individualismo se levantan contra el Estado y su intervención sobre todo en interés de los propietarios, defendiendo el derecho absoluto del propietario a usar y abusar de su propiedad, a explotar a su capricho la gran masa de los proletarios y de todos los consumidores: la libertad de explotación, en una palabra.

Los unos y otros — aristócratas y demócratas, — se guardan bien de llegar a la conclusión lógica (que se podría deducir de muchas de sus críticas apasionadas e invectivas contra el Estado) de la abolición de éste, de la supresión de todo gobierno. Eso les parecería a ellos el triunfo del caos, de la confusión, de la arbitrariedad. En realidad, todos ellos niegan algunas formas de Estado, no todas: los unos porque acarician la esperanza de apoderarse de él y de poder decir: "el Estado soy yo"; los otros porque quieren, es verdad, limitar lo más posible las funciones estatales, pero para conservar la más nociva y odiosa, la función de policía, la función de perro de guardia de la propiedad privada de los privilegiados.

Es inútil decir que estas diversas especies de individualismo no podrían tener ningún puesto en el seno del movimiento obrero, revolucionario y anarquista. Es verdad también que, a través de las infiltraciones recíprocas e inevitables entre las clases, aunque enemigas, ese individualismo ha lanzado alguna siembra en medio de las filas proletarias y revolucionarias; es verdad, además, que, especialmente de los escritos de algunos literatos más geniales y brillantes, algunas críticas al Estado podrían ser suscritas también por los anarquistas. Pero se trata de desviaciones, en el primer caso, o de coincidencias, en el segundo, sin una importancia decisiva y fundamental. Y la revolución puede muy bien aprovechar las coincidencias ocasionales, sin dejarse por eso llevar por el mundo de las paradojas del "dilettantismo" burgués o arrastrar fuera del camino por los sofismas de su individualismo autoritario.

Quedemos, pues, en el campo proletario, revolucionario y anarquista. ¿Hay en ese campo un individualismo y podría tener en él y ejercer una función útil?

Tendencias individualistas existen ciertamente. Algunas de esas tendencias son inconscientes o están disimuladas, y se manifiestan un poco por doquier, en los diversos partidos y organismos en que se subdivide el proletariado, en unas partes más fuertes y numerosas, en otras más escasas y más débiles; y también fuera de todo partido y de toda organización. Tales tendencias son de especie diversa, algunas sanas y útiles como las que tienen despierta

la voluntad y la confianza en la acción personal; otras, en cambio, son nocivas y casi diría morbosas, como las de aquellos que, confiando en la acción o en la iniciativa de los individuos providenciales, pero siendo incapaces ellos mismos de llegar a serlo, rehuyen toda forma de actividad más modesta y en cooperación con otro, de que tendrían la posibilidad, y acaban por adaptarse a un fatalismo nefasto que les conduce al pesimismo y a la inacción.

Naturalmente, es preciso combatir en medio de los proletarios estas segundas tendencias, y en cambio estimular las primeras, para que el espíritu de iniciativa individual se difunda y quede despierto paralelamente al de la acción colectiva. En línea general es sano individualismo el que persuade a la confianza en uno mismo, el que mantiene despierta la voluntad, el que se inspira en el sentido de dignidad personal y humana, el que estimula la iniciativa del individuo, el que lo hace obrar sea por sí solo como en cooperación con otros, el que lo convierte en medio de las masas en un suscitador de energías, en algo como el proverbial grano de levadura. Mientras que es individualismo malsano el que habitúa al desprecio de la acción concertada, aunque sea modesta; el que hace impacientes e intolerantes de todo trabajo que exige preparación de tiempo y de hombres; el que exalta al individuo abstracto, sin tener en cuenta el individuo real; y sobre todo el que espera ser salvado y libertado por las agenas individualidades, por los héroes excepcionales, para dejar la individualidad propia en la inercia.

Pero al margen de estas tendencias individualistas vagas e informes difundidas un poco por todas partes entre las masas trabajadoras, hay otras que es preciso tener en cuenta, que tienen un carácter específico doctrinal y teórico, que son conscientes de sí mismas, objeto de propaganda y de discusión, y que ejercen una influencia determinada en el seno del movimiento revolucionario. Quiero referirme a las tendencias que se reagrupan bajo el nombre genérico de individualismo anárquico.

En el campo anarquista he sido siempre un adversario del individualismo, de la palabra como de las ideas por ella indicadas y tal vez de más. Porque hay ideas, en el individualismo, que pueden ser aceptadas por todos los anarquistas y otras que se pueden interpretar en un sentido con el cual también yo podría convenir; pero con tal palabra han sido propagadas muy a menudo ideas en contraste tan absoluto con los que son los principios del anarquismo revolucionario y socialista — socialista, para entendernos, en el significado primitivo, originario, más elevado y humano — que se hace imposible emplearla en el lenguaje común, especialmente en la propaganda, sin dar lugar a equívocos de toda especie, sin correr el riesgo de dejar pasar bajo ella mucha mercadería averiada, y, en la mejor de las hipótesis, sin tener que perder un tiempo infinito en explicar, en distinguir, en precisar lo que queremos y lo que no queremos de todo lo que se suele significar con esa palabra.

Además, la palabra se presta mucho a la falsificación de nuestras ideas por parte de los adversarios del anarquismo. Más de una vez han tratado de hacer pasar a los anarquistas por individualistas en el sentido burgués de la palabra, presentándolos como adoradores del mito "Individuo" y como negadores de la solidaridad social y de la organización para la lucha y para la vida. En cambio el anarquismo reivindica, es verdad, la libertad y la autonomía individual, pero haciendo de ella una norma de vida social (sin

caer en el fetichismo del mito "Sociedad", igualmente irreal), proponiéndose llegar a la armonía entre autonomía y asociación a través de una organización basada en la libertad de todos y de cada uno, por medio del libre acuerdo y de la ayuda mutua con que asegurar a cada uno y a todos la más amplia satisfacción de las propias necesidades materiales, intelectuales y morales, condición indispensable para que todo individuo alcance su liberación de toda esclavitud y la plena posesión de sí mismo.

En este sentido todos los anarquistas son individualistas; y ninguno lo es más y mejor que nosotros, si por individualismo se entiende la tendencia a reivindicar para el individuo toda su libertad, contra cualquiera que sea la tiranía social, económica, política y moral; contra todas las coerciones violentas del hombre sobre el hombre, y especialmente contra todos los Estados o gobiernos. Desde este punto de vista podríamos suscribir todas las críticas al Estado, la de Stirner por un lado y la de Spencer por otro. Hay un precioso librito de Oscar Wilde, "El alma humana en el socialismo" — que me parece que expone un concepto de individualismo socialista del modo que más se aproxima al significado que nosotros damos a la palabra "anarquía". Pero por eso precisamente nos parece que la fórmula anarquista más exacta — histórica y teóricamente — expresa mejor nuestro concepto libertario de la reivindicación del individuo para todos los individuos. Mientras la fórmula individualista pura y simple deja abierta la puerta al equívoco, no precisando bastante el aspecto social, solidarista, del anarquismo.

El anarquismo contiene ya, y lo ha contenido siempre — incluso antes de que se hubiese hablado de individualismo entre los anarquistas, — lo que en el individualismo hay de realmente anarquista. En cambio el individualismo no contiene todo el anarquismo, ignora muchas de sus reivindicaciones; y además admite, o puede admitir, interpretaciones y desenvolvimientos que están en contradicción con el anarquismo.

Que se me permita al respecto repetir lo que decía recientemente en una polémica con un querido compañero nuestro (v. *Individualismo y comunismo*, en *La Protesta*, diario, del 27 de octubre de 1927). La libertad del individuo, la plena posesión de sí mismo, su liberación de toda esclavitud, la han reivindicado siempre los anarquistas, de cincuenta años a esta parte, desde cuando los anarquistas eran todos socialistas o se decían socialistas, como Proudhon y Bakunin. Con todo, tales reivindicaciones individualistas, tomadas por sí solas, separadas de todo lo restante del programa anarquista, permanecen incompletas o al menos no son insuficientemente claras, en tanto que no dicen especialmente lo que caracteriza el anarquismo y lo distingue netamente de todas las otras teorías de la libertad, más o menos incompletas; las cuales, o bien ven la libertad individual en el uso sin control de los privilegios de clase, y buscan su garantía y la defensa en otras formas estatales, o la interpretan como un atributo exclusivo de algunas "élites" aristocráticas, solamente de los individuos más fuertes o más astutos, etc.

El individualismo, aun cuando niega completamente la idea de Estado, no impulsa de un modo claro y explícito su "libertad del individuo" hasta la concepción de la vida sin Estado para todos los individuos que componen la sociedad. Para algunos anarquistas, es verdad, eso queda subentendido; y con ellos estamos de acuerdo. Pero no queda subentendido para todos. Hemos visto muy a menudo defender, in-

cluso en los periódicos anarquistas, un individualismo que teorizaba, en nombre de la libertad individual, los egoísmos más brutales, sostenía que el individuo fuerte tiene derecho a vivir su vida completa aun pisoteando a sus semejantes más débiles, afirmaba que la libertad propia puede prescindir de la libertad ajena y reirse de ella, interpretando la "vida sin Estado" o fuera del Estado en el sentido más antisocial, justificando el ilegalismo fin de sí mismo y para objetivos puramente personales, y así por el estilo. Ahora bien, todo eso no es anarquismo, le es del todo extraño; y a menudo hay en él algo diametralmente opuesto y repugnante a la idea de la anarquía.

Hay además un individualismo anárquico que se refiere más especialmente a la concepción de la organización de las relaciones económicas en sentido socialista en una sociedad libertaria. Es la concepción que más particularmente se opone al "comunismo anárquico": concepción que tuvo sus teóricos principales, más conocidos entre nosotros, en Tucker y Mackay.

Esta corriente del anarquismo creo que sería nociva, si se difundiese, no por su concepción especial de la organización económica de la sociedad, sino por otras ideas sobre la táctica y la práctica de la lucha, a que ha estado por mucho tiempo ligada: quiero referirme sobre todo a su aversión al método revolucionario, al uso de la violencia, etc. Pero no creo que haya peligro, al menos por ahora, en que los trabajadores se dejen persuadir por tendencias de este género, tanto aparecen a la luz de los acontecimientos, ante los ojos de todos, destinadas a la impotencia y a la incongruencia. Pero por eso que se refiere de modo particular a la cuestión económica, su concepción individualista de la gestión de la propiedad no me parece tan contradictoria con los objetivos del anarquismo, como ha sido más de una vez denunciada por los propagandistas del anarquismo comunista.

Yo soy comunista anarquista, porque estoy convencido de que una organización comunista de las relaciones económicas es la más práctica, la más posible, para asegurar a todos los hombres aquella satisfacción de las propias necesidades, que es la primera garantía de todo vivir libre. Así me parece que una orientación individualista no daría las mismas garantías, ofrecería muchos mayores inconvenientes, resultaría menos libertaria, y en definitiva — adoptada en vasta escala — o fracasaría su experimento o haría fracasar el anarquismo.

Se tiene demasiado poco en cuenta, al respecto, el hecho que el problema social no es sólo de distribución sino también de producción. Es preciso que la sociedad esté o se ponga en situación de producir en tal cantidad como para abastecer suficientemente todas las necesidades de sus componentes. Se deberá producir por tanto mañana mucho más que hoy. Y la gestión comunista de la producción es ciertamente la más idónea para dar la mayor cantidad de productos, para satisfacer por tanto el mayor número de necesidades.

Esta cuestión de la satisfacción de las necesidades de todos es de primordial importancia. La revolución costará grandes sacrificios, y es preciso prepararse a ellos y preparar el espíritu de las masas. Es propiamente en tiempo de revolución cuando habrá que aplicar aquella famosa máxima que F. Nitti quería hacer aplicar por los obreros italianos bajo el régimen burgués: producir más y consumir menos. Pe-

ro no se podrá pedir a las poblaciones un sacrificio en tal sentido superior a sus fuerzas. Si no se consigue matar el hambre, si el pueblo es lanzado en demasiadas privaciones, o si estas privaciones tuviesen que durar demasiado tiempo, la revolución fracasaría; sería el pueblo mismo el que, por el furor del hambre, nos volvería a empujar hacia la reacción, sea resucitando los viejos regímenes, sea dejándose seducir por los nuevos aspirantes a gobernantes o dictadores que les prometiesen más pan a cambio de la renuncia a la libertad.

Y es lógico, por lo demás. El que tiene hambre no es libre; el que tiene hambre piensa antes que en nada en comer, por un instinto natural que es más fuerte que todo. Catón prefirió morir antes que perder la libertad; pero no es concebible el suicidio de un pueblo, ni sería deseable. La primera libertad es la de existir, la de vivir, la de satisfacer las propias necesidades. Toda constitución social, para ser libre, debe comenzar por asegurar a todos esa libertad de satisfacer las propias necesidades, no la libertad teórica solamente, sino también y sobre todo la de hecho; es decir obrar de modo que el vivir la propia vida se convierta en una posibilidad para todos y para cada uno. Esto no basta, de acuerdo; pero es indispensable, indudablemente. Nosotros queremos toda la libertad, — en todos los campos, — político, económico, cultural, moral, — pero sería una palabra vacía de sentido sin la base, sin la libertad más elemental del vivir. Un siglo y más de experimento de liberalismo burgués nos ha demostrado que es irrisoria una libertad que se traduce en la libertad de morir de hambre.

Pero también los individualistas anarquistas están de acuerdo en todo esto, según pienso. La diferencia que los separa de los anarquistas comunistas sobre este problema de la organización de la producción, haciendo abstracción de los otros dispendios más contingentes y de carácter moral o práctico inmediato, que me parecen mucho más importantes, — acerca de la adopción de un tipo de producción más bien que de otro, se vuelve secundaria cuando el tipo individualista tiene también por punto de partida la condición de que ningún hombre puede explotar el trabajo de otro y que nadie es colocado en la necesidad de dejarse explotar, y por punto de llegada, por objetivo, que todos puedan satisfacer íntegramente las propias necesidades. También nosotros, comunistas anarquistas, por lo demás, damos a nuestro "comunismo" el significado finalista mismo — "de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades" — y la cuestión del modo, de la administración técnica de la producción, es secundaria, está subordinada a la posibilidad práctica, y su resolución en último análisis queda confiada a la libre experiencia futura.

Pero no podemos, desde ahora, ignorar tal problema: es de tal importancia, para los destinos de la revolución, que debemos esforzarnos por resolverlo, sin esperar a ser puestos con la espalda contra el muro de las más terribles dificultades cuando no tengamos ya el tiempo suficiente, en cuyo caso seríamos constreñidos a improvisar o, peor, a dejarnos imponer las soluciones que hayan preparado los demás. Planteado el problema, la solución comunista anarquista nos parece la más satisfactoria, la más práctica, la más posible, la más libertaria, como hemos dicho más arriba. Pero queda subordinada, anárquicamente, a la libre y voluntaria aceptación de los interesados, a la plena libertad para los otros de ex-

perimentar soluciones diversas, y en fin a la más completa facultad nuestra de corregir, cambiar e incluso repudiar nuestra misma solución cuando resultase defectuosa en la prueba de los hechos.

Cuando nosotros hablamos de administración comunista de la producción, y decimos que la preferimos a la administración individualista, entendemos siempre esas expresiones con un significado de relatividad, no en sentido absoluto. Estamos persuadidos, en línea general, de la superioridad práctica de la gestión comunista sobre la individualista, y que la primera es una mayor garantía de libertad que la segunda, por consiguiente preferimos el primer tipo al segundo. Pero esto no como solución única y exclusiva para todos los casos, lugares y épocas. En el régimen comunista anárquico los comunistas anarquistas no sólo no soñarán siquiera con impedir a los no comunistas experimentar otros tipos de organización, sino que ellos mismos muy probablemente serán obligados por la necesidad a hacer algunas excepciones a su regla y a adoptar para ciertas ramas de la producción o ciertos géneros de productos, en determinados momentos, criterios de producción y de distribución diversos, y por tanto también individualistas. Eso ha sido dicho mil veces y explicado en el curso de nuestra propaganda, desde hace cincuenta años.

Como he dicho más arriba, el disentimiento sobre esta cuestión de la administración futura de la propiedad no me parece que pueda dividir excesivamente a los anarquistas, fuera del terreno académico, si están de acuerdo en los dos puntos indicados: ausencia de toda explotación y satisfacción de las necesidades de todos, plena libertad de experimentación y mutuo apoyo para el mejor éxito de ésta por una parte y por otra.

Donde en cambio me parece a mí que hay una divergencia profunda entre comunistas e individualistas del anarquismo — o por lo menos entre ciertos individualistas y los comunistas o socialistas anarquistas que entienden trabajar por la revolución, por medio de la organización concertada y coordinada en el tiempo y en el espacio, — es sobre el terreno práctico de la lucha y del movimiento que hay que conducir y desarrollar hoy mismo en el seno de la sociedad capitalista y estatal contra la cual luchamos.

Eso tiene quizás sus orígenes históricos y psicológicos al mismo tiempo, en una divergencia de carácter espiritual. Por lo menos este segundo disentimiento ha agravado el primero. Quiero aludir a la influencia ejercida sobre el anarquismo desde 1890 aproximadamente en adelante, por el individualismo stirneriano y por toda aquella literatura paradójal exaltadora del egoísmo, de la "voluntad de poder" y del amoralismo, que se desarrolló a su alrededor por un cierto tiempo. Fué una literatura alejada del mundo obrero y fuera del movimiento anarquista propiamente dicho. Alguno de sus escritores era ciertamente nobilísimo y verdaderamente superior; pero la mayor parte fueron diletantes de anarquismo, de un anarquismo de cenáculo y de boulevards que acabó pronto con sus elegantes amateurs, vueltos casi todos al seno de la burguesía de donde habían salido y en el cual tenían voluntad de entrar. Fué aquel anarquismo el que predicaba el desprecio a las "vagas humanidades" en nombre de la estética, e hizo olvidar a tantos anarquistas el fundamento moral, social y humano de la anarquía.

Max Stirner, el solitario pensador iconoclasta de la primera mitad del siglo XIX, no tuvo, a decir la verdad, culpa alguna. Había muerto, casi desconocido, treinta o cuarenta años antes; y sus exhumadores literarios le hicieron en el fondo un pésimo servicio, dando un valor de doctrina permanente a lo que había sido, sobre todo, una reacción violenta, animosa, pero contingente y paradójal, contra las degeneraciones espirituales de su tiempo. Las ideas de Stirner, revolucionarias en el mundo del pensamiento, en filsofía, pero no necesaria ni declaradamente anarquistas, pueden ser interpretadas también en sentido anarquista. Pero entonces no pueden encuadrarse en esta más bien que en aquella corriente práctica del anarquismo, dado que cada una puede hallar en ellas argumentos en favor de su tesis. Yo recuerdo, por ejemplo, que en el congreso anarquista de Amsterdam, en 1907, un congresista checo, Vorhizek, sostenía, de acuerdo con Malatesta, en controversia con los individualistas, la necesidad y la utilidad anarquista de la organización; pero lo hacía sirviéndose de argumentos tomados a Stirner y basándose en las teorías stirnerianas.

Pero, dejando a un lado el stirnerianismo y la divergencia en el campo de la ética entre comunistas e individualistas del anarquismo, — sobre lo cual se ha dicho ya bastante por otros, entre ellos Kropotkin, Reclus y Malatesta, — en el terreno práctico del movimiento y de la lucha el mayor daño que el individualismo ha hecho (y su influencia deletérea remonta también a antes de que se hubiese vuelto a exhumar a Stirner) es el descrédito que ha lanzado sobre la idea de la organización: sea de la organización anarquista propiamente dicha para la lucha y la propaganda, sea de la organización de las masas obreras para su mejoramiento y para la revolución, sea de la organización premeditada de las relaciones sociales en el seno de la revolución y después de ésta.

El daño ha sido fuerte, porque la influencia desorganizadora y antiorganizadora del individualismo no se ha limitado al campo puramente individualista o que tal se dice. Si hubiese sido así, dado el número



restringidísimo de los individualistas verdaderos y propios, el mal habría sido leve; y compensado, en cambio, por el efecto moralizador y purificador que ejerce toda oposición y toda crítica sobre los críticos, cuando éstos son honestos y de buena fe. No se requiere, para ser justos, negar que la crítica individualista a todas las formas y tentativas de organización anarquista, con sus efectos negativos, ha tenido, y tiene aun, el efecto positivo y útil de forzar a los anarquistas organizados a una mayor vigilancia de sí mismos, a estar más en guardia contra los errores y las desviaciones autoritarias, a elaborar con mayor espíritu anarquista los propios métodos, y en fin a pesar de continuo y a perfeccionar las propias ideas. Pero el daño a que arriba me refería era éste: que la influencia individualista ha separado de la práctica y del concepto de la organización, al menos en Italia, también a un numeroso contingente de anarquistas comunistas que aun diciéndose tales son adversarios de toda idea de organización anarquista permanente y en vasta escala; ha creado o fomentado entre todos los anarquistas una mentalidad erróneamente fatalista y automatista; y en fin ha conseguido cansar, alejar y deshabituarse de la organización a algunos elementos que le son favorables en teoría.

Hay muchos anarquistas que son partidarios de la organización, pero que no saben despojarse del preconcepto individualista según el cual la organización debe ser siempre forzosamente autoritaria. Así es que se adhieren a la organización casi a su pesar, como constreñidos por razones de necesidad o de oportunidad, con la idea en el fondo del alma de hacer una transacción. Eso por un lado hace más incierta, y vuelve más pesada y titubeante su actividad organizadora, y por el lado opuesto les predispone psicológicamente, cuando se apasionan en serio con el trabajo de organización, a caer en aquellos defectos de centralismo y de autoritarismo que como anarquistas deberíamos enérgicamente combatir.

Se ha olvidado demasiado a causa precisamente de las influencias individualistas, que la idea anarquista es sobre todo una idea de organización social: la idea de la organización libertaria opuesta a la idea de la organización autoritaria de los regímenes capitalistas y estatales y de todos los otros partidos que quieran servirse del gobierno como instrumento de reforma y de liberación; la idea de la organización libre, medio, para el individuo, de ampliar su libertad, que es demasiado estrecha, limitada y puramente abstracta mientras quede aislado y desorganizado: medio indispensable e imprescindible para el individuo para conquistar la más amplia autonomía, para realizarse ellos mismos y su más completa humanidad. Lo que quiere ser la organización anarquista, de Bakunin a Malatesta, a Gori, a Mella, a Faure, ha sido dicho millares de veces: la asociación libre y voluntaria, desde abajo, descentralizada, — autonomía de los individuos en los grupos, de los grupos en las federaciones y uniones, y de éstas en la más vasta Internacional, — en torno a un programa definido de trabajo para alcanzar determinados fines, para la propaganda de las ideas anarquistas y su realización a través de la conducta individual y del movimiento colectivo en un radio cada vez más extenso.

Estas prácticas de la organización sobre bases libertarias es la propaganda por el hecho de la idea básica del anarquismo, es la misma idea del anarquismo en acción, la cual presupone formas determi-

nadas y medios concretos para mantener las relaciones entre los individuos y entre los núcleos asociados, sin lo cual la asociación sería amorfa, puramente verbal: es decir, no existía o existiría con carácter larvadamente autoritario, dictatorial y monopolista. Como decía en otro escrito mío ("L'idea anarchica dell'organizzazione", en la revista *Pensiero e Volontà* de Roma, N.º 6 del 25 de abril de 1926) "demostrar la necesidad, utilidad y posibilidad de la organización anarquista, intentar organizarse anárquicamente desde ahora e influenciar en sentido anarquista las organizaciones de los proletarios oprimidos, es una misión principal de la propaganda anarquista: propaganda de ideas y propaganda del hecho, tan importante como el demostrar los males del capitalismo y del Estado, los beneficios de la revolución, de la igualdad y de la libertad. Es en suma una cuestión esencial, inescindible del resto de la doctrina anarquista".

Los comunistas anarquistas antiorganizadores admiten un solo tipo de asociación, el del grupo ocasional, temporáneo, de afinidad, y local; los varios grupos se ponen en relación entre sí a medida que lo necesitan, según las circunstancias, o nunca. No tienen ningún programa determinado menos las ideas generales comunmente admitidas por todos los anarquistas. Habitualmente están más o menos indirectamente organizados, inconscientemente, por algún periódico que refleja su tendencia, emanación de un grupo o de alguna persona dotada de mayor espíritu de iniciativa. Esta forma de organización a menudo es la misma también de los anarquistas que se dicen organizadores, pero que no se preocupan mucho de poner en práctica las ideas y métodos que reputan mejores.

Según mi opinión este género de organización es absolutamente insuficiente para las necesidades del movimiento anarquista; es, casi diría, una organización con detención de desarrollo, que quedó en el estado embrional. Sin que sus componentes lo advirtiesen o se diesen cuenta de ello, esa falta o insuficiencia de organización engendra aun más fácilmente la formación automática de pequeñas dictaduras interiores. El redactor del periódico y el orador es simplemente el individuo más dotado de iniciativa o que tiene más tiempo que dedicar a la propaganda, ejercita sobre estos grupos desligados, y no organizados a través de relaciones continuas, una influencia personal, que puede transformarse más fácilmente que en una organización permanente y en vasta escala, donde todos los elementos más o menos activos, incluso los más modestos, tienen voz en capítulo y pueden ejercer la propia crítica y el propio control sobre lo que otros pueden hacer en nombre suyo y de la idea.

Además de estos defectos, que son consecuencia de las influencias del individualismo sobre el movimiento anarquista, otra tendencia inconsciente individualista es la que se determinó, antes aun de que se hubiese hablado de individualismo, en el movimiento anarquista, desde el fin de la primera Internacional, hacia 1880, con la concepción espontaneísta y armonista del anarquismo debida especialmente a Kropotkin — al Kropotkin de "La conquista del pan", del período de 1885-1895. Esa tendencia más intelectualista que práctica, en un cierto momento y en ciertos ambientes se desposó con las tendencias más arriba indicadas, y la corriente antiorganizadora fué mayormente reforzada. La crítica de tal tendencia, individualista a su pesar, fué hecha en 1893 con mucha agudeza en un escrito hoy casi completamente

SEBASTIAN FAURE

DOCTRINA Y TACTICA

La síntesis anarquista

Hemos publicado el presente manifiesto de Sebastián Faure en el diario, los días 12 y 13 de abril, estimando que un documento de esa naturaleza no podía quedar ignorado de los anarquistas de estos países de América. Posteriormente hemos recibido algunos importantes artículos de Max Nettlau y de Luigi Fabbri en torno al asunto que Faure plantea y creemos conveniente, para que nuestros lectores tengan toda la documentación a mano, reproducir el manifiesto de Faure en la revista.

Es inútil hacer resaltar que el problema que aquí se discute no es nuevo ni propio de un solo país; el que recorra las páginas de esta revista encontrará páginas diversas que encaran la misma cuestión y que representan un esfuerzo superador al cual no seremos nosotros los que hayamos de poner obstáculos.

En el diario hacíamos preceder el trabajo de Faure del encabezamiento siguiente:

Ha estallado por fin en Francia el conflicto resultante de la profunda crisis ideológica que habíamos venido anunciando nosotros en estos últimos años.

olvidado de Saverio Merlino ("El individualismo en el anarquismo". Ed. francesa de "La Société nouvelle", Bruselas, 1893).

Nos llevaría muy lejos el volver ahora sobre aquella discusión, proseguida luego en más de una ocasión por Malatesta. Las ideas de Kropotkin de entonces se basaban sobre todo en un optimismo excesivo sobre la cantidad de productos para vivir que habría hallado a su disposición un pueblo en revolución. Más tarde Kropotkin mitigó bastante aquel su optimismo primitivo, y dijo las razones, después de 1900, en una carta suya al profesor Ettore Molinari, que fué publicada como prefacio a un opúsculo de éste. Además, Kropotkin, que no había llegado nunca a conclusiones verdaderamente antiorganizadoras y había sido siempre adversario del individualismo, volviéndose desde 1896 en adelante cada vez más favorable a la organización sindical, y reconociendo después de la revolución rusa la necesidad de una efectiva y vasta organización anarquista de tipo federalista, quitó completamente a los individualistas y a los antiorganizadores toda posibilidad de servir de su nombre.

Las discusiones agrídulces de ambas partes, apenas contenidas antes, han tomado cuerpo después del congreso de la Unión Anarquista Francesa. Este diario no puede menos que reflejar lo más esencial de ese espectáculo, y algunos de nuestros colaboradores lo han hecho ya. Por un lado tenemos una especie de neo-bolchevismo y por otro un esfuerzo por conservar las viejas modalidades de la anarquía, que entrañan la negación de toda autoridad.

Transcribimos hoy el contenido de un Suplemento de "Le Trait d'Union", escrito por Sebastián Faure. Lo hacemos a título documental, por los buenos pensamientos y las buenas intenciones que se expresan en ese escrito, reservándonos el derecho a hacer nuestras objeciones y observaciones. De cualquier modo, creemos que la lectura de este artículo no ha de dejar al lector sin alguna sugestión nueva, sin una reafirmación o una rectificación de sus puntos de vista. Todo lo que signifique un esfuerzo en pro de la superación y del enriquecimiento de nuestras ideas y de nuestro movimiento, tendrá en estas columnas un eco, venga de donde venga. No queremos que nuestros amigos acepten la orientación que procuramos dar a la propaganda por ignorancia de otras corrientes y tendencias, sino que deseamos que lo hagan con plena conciencia y plena convicción. Pero pese a las divergencias de criterio teórico y táctico, hay en la anarquía un partido indestructible: el de la buena voluntad para obrar lo más fecundamente que se pueda en favor de las propias ideas y de la propia causa. Todos los que se sientan con esa buena voluntad, cualquiera que sea su situación y su campo de actividades, forman un bloque, un frente único.

Léase, pes, en ese sentido, el artículo que sigue:

LAS TRES GRANDES CORRIENTES ANARQUISTAS

En Francia, como en la mayor parte de los otros países, se distinguen tres grandes corrientes anarquistas, que se pueden designar así:

- El anarco-sindicalismo;
- El comunismo libertario;
- El individualismo anarquista.

Era natural y fatal que, llegado a un cierto desarrollo, una idea tan vasta como el anarquismo, llegase a esa triple manifestación de vida.

Un movimiento filosófico y social, es decir de ideas y de acción, que se propone hacer tabla rasa de todas las instituciones autoritarias, debía necesariamente dar nacimiento a esas distinciones que determinan obligatoriamente la variedad de las situaciones, de los ambientes y de los temperamentos, la diversidad de las fuentes en que se alimentan las innumerables formaciones individuales y la prodigiosa multiplicidad de los acontecimientos.

Muchos compañeros estiman que la existencia de esas corrientes distintas es, para el movimiento anarquista, considerado en su conjunto, una causa de debilitamiento, y la deploran.

No se trata aquí de lamentarse ante el hecho. El hecho está ahí; patente, cierto, innegable; tiene sus causas, debía producirse. No nos detengamos en lamentaciones inútiles, pues aunque debiésemos estar más desolados todavía, esas tres corrientes existirían sin embargo.

Ciertamente, concibo que los adeptos de cada tendencia se digan: "Es de lamentar que las otras dos corrientes existan; han llevado una parte de nuestras fuerzas, y si no hubiese más que una sola tendencia anarquista: la nuestra, ésta contaría efectivos más numerosos y poseería más fuerza".

Y los anarco-sindicalistas piensan:

"¡Ah, si todos los compañeros fueran anarco-sindicalistas!".

Y los comunistas libertarios piensan: "Ah, si todos los camaradas fuesen comunistas libertarios"...

Y los individualistas anarquistas piensan: "Ah, si todos los compañeros fuesen individualistas anarquistas"...

Y bien. Si en despecho de los hechos de que se impone la realidad, ese deseo de unidad se realizase en favor de una de las tres corrientes establecidas, es razonable suponer que la corriente así hipotéticamente favorecida, contaría verosímelmente efectivos más poderosos y poseería una vitalidad más fuerte; pero no es de ningún modo cierto que, visto en su conjunto, el movimiento anarquista — digo "anarquista" — se hallase mejor y fuese más activo y más influyente.

Incluso es muy probable — ¿por qué no decir evidente? — que la corriente única, cualquiera que sea: anarco-sindicalista, comunista libertaria o individualista anarquista, fuese menos, mucho menos vigorosa de lo que lo son, en total, es decir, sumadas todas las fuerzas, las tres corrientes existentes.

Que se admitan las hipótesis más optimistas, que se entregue uno a los cálculos más favorables a la corriente única, no será menos cierto que aun cuando la cosa fuera posible — la absorción de las tres corrientes existentes por una sola (cualquiera que sea ésta) no sería deseable; primeramente porque, yendo al encuentro de lo que es y de lo que no podía dejar de ser, esa absorción tendría por consecuencia una caída más o menos sensible desde el punto de vista numérico, pues ciertos elementos se rehusarían con razón a tal absorción; además, porque los que consintiesen en ella formarían con la fracción absorbente una cohesión más artificial, de superficie y de circunstancia que real, profunda y duradera; en fin, porque la desaparición de dos fracciones sobre tres constituiría una especie de mutilación que sería fatalmente una fuente de debilitamiento general.

Por tanto, no es la existencia de las tres corrientes que he señalado más arriba lo que motiva la debilidad — más aparente que real — del movimiento anarquista.

(A lo sumo esa debilidad no la niego y no me sería difícil probar que, lejos de estar en decadencia, así como lo afirma, lagrimeando, el coro de pesimistas, el movimiento anarquista evoluciona y se desarrolla normalmente).

Pero este no es mi asunto y se tratará de ello en un artículo próximo.

Prosigo:

Anarco-sindicalismo, comunismo libertario, individualismo anarquista, esas tres corrientes existen y nada ni nadie puede impedir que se manifiesten. Cada una de ellas representa una fuerza, una fuerza que no es ni posible ni deseable abatir. Para convenirse de ello basta situarse — como anarquistas simplemente — en el corazón mismo del gigantesco esfuerzo a realizar para arruinar el principio de autoridad. Entonces se tiene conciencia del apoyo indispensable que en el combate a librar, presta cada una de esas tres corrientes.

Estas tres corrientes son distintas, pero no se oponen.

Tengo ahora tres cuestiones que plantear:

La primera va de los anarco-sindicalistas a los comunistas libertarios y a los individualistas anarquistas.

La segunda va de los comunistas libertarios a los anarco-sindicalistas y a los individualistas anarquistas.

La tercera va de los individualistas anarquistas a los anarco-sindicalistas y a los comunistas libertarios.

He aquí la primera:

"Considerado como movimiento social y acción popular, el anarquismo, si encara la hora en que, fatalmente, se librará al mundo capitalista y autoritario el asalto definitivo que nosotros expresamos con esta palabra: revolución social, el anarquismo ¿puede pasarse sin el concurso de las masas imponentes que agrupan en su seno, sobre el terreno del trabajo, las organizaciones sindicales?"

Pienso que sería una locura esperar la victoria sin la participación en la conmoción libertadora — participación activa y eficiente, brutal y persistente — de esas masas laboriosas, más interesadas en bloc que nadie en la transformación social.

Yo no digo y no pienso que, en previsión de la colaboración necesaria, en período de fermentación y de acción revolucionaria, las fuerzas sindicalistas y las fuerzas anarquistas, unas y otras, deben, desde ya, unirse; pienso y digo, con mi viejo amigo Malatesta:

"Los anarquistas deben reconocer la utilidad y la importancia del movimiento sindical, deben favorecer su desarrollo y hacer de él una de las palancas de su acción, esforzándose por hacer culminar las otras fuerzas del progreso, en una revolución social que implique la supresión de las clases, la libertad total, la igualdad, la paz y la solidaridad entre todos los seres humanos. Pero sería una ilusión funesta creer, como muchos lo hacen, que el movimiento obrero llegará por sí, en virtud de su naturaleza misma, a una tal revolución: en todos los movimientos fundados sobre intereses materiales e inmediatos (y no se puede establecer sobre otros fundamentos un vasto movimiento obrero), es preciso el fermento, el impulso, la obra concertada de los hombres de ideas que combaten y se sacrifican en vista de un ideal futuro. Sin esa palanca, todo movimiento tiende fatalmente a adaptarse a las circunstancias, engendra el espíritu conservador, el temor a los cambios en aquellos que consiguen obtener condiciones mejores. A menudo se han creado nuevas clases privilegiadas, que se esfuerzan por hacer soportar, por consolidar el estado de cosas que se quisiera abatir.

"De ahí la urgente necesidad de organizaciones propiamente anarquistas que, en el interior como fuera de los sindicatos, luchan por la integral realización del anarquismo y tratan de esterilizar todos los gérmenes de corrupción y de reacción".

Se ve: no se trata ya de ligar orgánicamente el movimiento sindical, ni el sindicalismo al anarquismo; no se trata más que de obrar, en el interior, como fuera de los sindicatos, por la integral realización del ideal anarquista.

Y yo pregunto a los comunistas libertarios y a los individualistas anarquistas, ¿qué razones de principio o de hecho, razones esenciales, fundamentales, pueden oponer a un anarco-sindicalismo concebido y practicado así?

* * *

He aquí la segunda cuestión:

"Enemigo irreductible de la explotación del hombre por el hombre, engendrada por el régimen capitalista y por la dominación del hombre por el hombre, creada por el Estado, ¿puede el anarquismo concebir la supresión del régimen capitalista por la puesta en común (el comunismo libertario) de los medios de producción, de transporte y de cambio? ¿Y se puede concebir la abolición definitiva del Estado y de todas las instituciones que de él se derivan?"

Y pregunto a los anarco-sindicalistas y a los individualistas anarquistas: ¿qué razones de principio o de hecho, razones esenciales, fundamentales, pueden oponer a un comunismo libertario así concebido y practicado?

* * *

He aquí la tercera y última cuestión:

"Siendo el anarquismo, por una parte, la expresión más alta y más clara de la reacción del individuo contra la opresión política, económica y moral que hacen pesar sobre él todas las instituciones autoritarias y, por otra parte, la afirmación más firme y más precisa del derecho de todo individuo a su expansión integral para la satisfacción de sus necesidades en todos los dominios, ¿puede el anarquismo concebir la realización efectiva y total de esa reacción y de esa afirmación por un medio mejor que el de una cultura individual impulsada lo más posible en el sentido de una transformación social, que rompa todos los rodajes de coacción y de represión?"

Y pregunto a los anarco-sindicalistas y a los comunistas libertarios: ¿cuáles son las razones de principio, razones esenciales, fundamentales, que pueden oponer a un individualismo anarquista así concebido y practicado?

Llegados a este punto de mi demostración, es preciso preguntarnos cómo es que, sobre todo estos últimos años, en Francia particularmente, la existencia de esos tres elementos anarquistas, lejos de haber fortificado el movimiento libertario, tuvo por resultado debilitarlo.

Y este problema, planteado en términos claros, importa que sea estudiado y resuelto de modo igualmente limpio.

La respuesta es fácil; pero exige, de parte de todos, sin excepción, una gran lealtad.

Yo digo que no es la existencia misma de esos tres elementos: el anarco-sindicalismo, el comunismo libertario y el individualismo-anarquista lo que ha causado la debilidad o, más exactamente, el debilitamiento relativo del pensamiento y de la acción anarquista, sino únicamente la posición que han tomado unos en relación a los otros: posición de guerra abierta, encarnizada, implacable.

Cada fracción, en el curso de esas nefastas hostilidades, ha desplegado una malevolencia igual. Cada cual se ha ingeniado por desnaturalizar las tesis de los otros dos, por llevar hasta el ridículo las afirmaciones y las negaciones, por atenuar las líneas esenciales hasta hacer de ellas una odiosa caricatura.

Cada tendencia ha dirigido contra las otras las manobras más péfidas y se ha servido de las armas más criminales.

Si, a falta de entente entre ellas, esas tres tendencias hubiesen por lo menos cesado de guerrear unas contra otras; si la actividad gastada en luchar, en el interior y en el exterior de los diversos grupos, lo hubiese sido en batallar, aunque fuera separadamente, contra el enemigo común, el movimiento anarquista de este país hubiese adquirido, con el favor de las circunstancias, una amplitud considerable, una fuerza sorprendente.

Pero la guerra intestina, de tendencia contra tendencia, a menudo incluso de personalidad contra personalidad, lo ha envenenado todo, lo ha corrompido, lo ha viciado, lo ha esterilizado todo, sin descontar las campañas que hubiesen debido agrupar alrededor de nuestras queridas ideas los corazones y las conciencias enamoradas de la libertad y de la justicia, que son, en los ambientes populares sobre todo, mucho menos raros de lo que se complace uno en pretender.

Cada corriente ha escupido, babeado, vomitado sobre las corrientes vecinas a fin de ensuciarlas y hacer pensar que ella sola estaba limpia.

Y ante el espectáculo lamentable de estas divisiones y de los manejos odiosos que suscitaban de una parte y otra, nuestros grupos, unos y otros, se han vaciado poco a poco de lo mejor de su contenido y, con algunas pocas excepciones, no han conservado más que los elementos que se sumergían más o menos complacientemente en el lodo de las insinuaciones, de las calumnias, de las injurias.

He ahí la verdad.

EL MAL Y EL REMEDIO

El mal es grande; puede, debe ser sólo pasajero y el remedio se encuentra al alcance de nuestra mano.

Los que han leído atentamente y sin preconcepción las líneas que preceden, lo adivinan sin esfuerzo; el remedio consiste en penetrarse de la idea de la síntesis anarquista y aplicar lo antes y lo mejor posible esa síntesis.

¿De qué sufre el movimiento anarquista? De la guerra a cuchillo que se hacen los tres elementos que lo componen.

Si, por su origen, su carácter, sus métodos de propaganda, de organización y de acción, esos elementos son condenados a levantarse unos contra otros, el remedio que propongo no vale nada; es inaplicable; sería ineficiente; abstengámonos de recurrir a él y busquemos otra cosa.

Al contrario, si las posiciones a que aludimos no existen y, con más razón, si los tres elementos: anarco-sindicalismo, comunismo libertario e individualismo anarquista están hechos para combinarse y formar una especie de síntesis anarquista, es preciso — no mañana, sino hoy — intentar la realización de esa síntesis.

Yo no he descubierto nada y no propongo nada de nuevo: Luigi Fabbri y algunos camaradas rusos (Volin, Mollie Steiner), con quienes he hablado largo tiempo estos días, me han afirmado que ese ensayo de realización ha sido intentado en Italia, en el seno de la Unión Anarquista Italiana, y en Ucrania, en el seno del Nabat, y que esas dos tentativas han dado los mejores resultados, resultados que sólo el triunfo del fascismo en Italia y la victoria del bolchevismo en Ucrania, han deshecho.

Existen, en Francia, como en todas partes, numero-

sos grupos que han aplicado y aplican corrientemente los datos de la síntesis anarquista (no quiero citar ninguno, a fin de no omitir ninguno), grupos en los cuales anarco-sindicalistas, comunistas libertarios e individualistas anarquistas, trabajan en buen acuerdo; y esos grupos no son ni los menos numerosos ni los menos activos.

LLAMADO A LOS CAMARADAS RESIDENTES EN FRANCIA, CUALQUIERA SEA SU PAÍS DE ORIGEN

El debate sobre la síntesis anarquista, como base de una organización anarquista enteramente nueva en Francia, está y permanece abierto. No es cuestión de sofocarlo. Para que sea fecundo, es indispensable que comience y se prosiga en una atmósfera de franqueza, de lealtad y de camaradería. Si no, lejos de cicatrizar la llaga, no haría más que envenenarla.

Pero yo sé que existe un número considerable de compañeros que, cansados de nuestras querellas intestinas y penetrados del daño incalculable que causan a nuestra propaganda, aspiran a ponerle fin.

Es a ellos a quienes, sin esperar más, me dirijo, en nombre de esta iniciativa individual apenas esbozada en los medios libertarios.

Y digo a todos esos camaradas, sin distinción de tendencia: "No dejemos empeorar el mal. No esperemos que haya hecho, en el movimiento anarquista, tales estragos que sean precisos, para llevarlo otra vez al punto en que debiera estar hoy, años de esfuerzo y de luchas.

El tiempo perdido no se recupera. No posterguemos para mañana lo que podemos y debemos hacer hoy mismo.

Obrémos de inmediato.

Guardémonos de tratar de establecer el balance de las responsabilidades personales o colectivas. Reconozcamos sincera y valerosamente que cada cual de nosotros tiene su parte de responsabilidad. Pasemos la esponja sobre nuestros rencores recíprocos y adquiramos el compromiso de no remover esas tristezas.

Hagamos a la gran idea que nos une a todos: anarco-comunistas, comunistas libertarios, individualistas anarquistas, el sacrificio — fácil, después de todo — de nuestros resentimientos y de nuestros amores propios. Una vez por todas sinceramente, verdaderamente, expulsemos de nuestro espíritu toda irritación y de nuestro corazón toda amargura.

Nunca ha sido más indispensable el estrechamiento de nuestras fuerzas y nunca fué más urgente; a las dificultades de la batalla formidable que tenemos que llevar, solos contra el mundo de enemigos que tenemos la tenaz voluntad de abatir, se agrega, urgente tanto como terrible, la doble amenaza del fascismo y del bolchevismo.

Apresurémonos. No perdamos un solo día.

* * *

Las circunstancias quieren que, actualmente, el corazón del anarquismo mundial y el foco de su actividad se encuentren en Francia. Pensemos que por decenas y decenas de millares, los camaradas de origen extranjero se han refugiado en este país. No perdamos de vista que ponen en nosotros sus esperanzas y su confianza; cesemos de darles el afligente espectáculo de nuestras luchas fratricidas.

Reconstituyamos lo más pronto posible la inmensa familia en la cual, en espera de que las fronteras de su país de origen les vuelvan a ser accesibles, esos

proscritos puedan caldear sus corazones y conservar, ardiendo, la llama de sus convicciones.

Tengamos la conciencia de que querellarnos, en las circunstancias actuales, es casi traicionar la causa de la cual los acontecimientos internacionales y la abominable represión que es su consecuencia, nos han confiado la defensa sagrada.

Cuanto más divididos, más débiles somos; cuanto más unidos y solidarios, tanto más fuertes seremos.

Esta verdad banal, no la olvidemos. Que ella pueda, en toda la medida de lo posible, trazar a cada uno de nosotros su línea de conducta.

UNA PALABRA A MIS QUERIDOS AMIGOS DE LA ASOCIACION DE LOS FEDERALISTAS ANARQUISTAS

Queridos amigos:

Os conozco a casi todos personalmente y sé cuál es vuestro estado de espíritu.

Tengo el sentimiento que todos aprobaréis la iniciativa que tomo y que habría podido tomar lo mismo que yo no importa quién de vosotros, si hubiera reflexionado en ella.

Estimaréis, pues, que por una parte conviene difundir con profusión esta idea de la síntesis anarquista que sirva de base a una reagrupación enteramente nueva de las fuerzas anarquistas y que, por otra parte, es preciso con toda urgencia, dar a esta idea una forma práctica, una aplicación positiva.

Nuestra organización (A. F. A.) data de ayer. Esa extrema juventud le vale la preciosa ventaja de no haber estado mezclada — en tanto que grupo — a los deplorables conflictos que corroen y debilitan nuestro movimiento.

Os confío la misión de difundir en todas partes la buena nueva de la síntesis anarquista. Es a vosotros a quienes las circunstancias confieren el derecho e imponen el deber de reagrupar, sobre la base de esta síntesis, leal y fraternalmente aplicada, las fuerzas anarquistas residentes en Francia. Pronto, pronto, tomad a vuestra vez la iniciativa de esa reagrupación.

Convocad, cuando sea posible, a los compañeros de vuestra localidad o barrio — sin distinción de tendencia — que sabéis o suponéis estar dispuestos a agruparse o reagruparse para dar a nuestra querida propaganda más cohesión, irradiación y eficacia.

Poned en práctica este párrafo de nuestro proyecto



de organización:

"Cada grupo fijará él mismo su modo de reclutamiento y de organización interior".

Guardaos de pedir a nadie que abdique de ninguna de sus preferencias personales. Que cada uno, al contrario, quede fiel a la fracción que cuadre mejor con su temperamento, con su formación libertaria, con los métodos de combate para los cuales es más apto, con el medio de trabajo o de agitación a que pertenece, con el género de vida que lleva, con sus ocupaciones profesionales, etc....

No se trata de fabricar una especie de anarquista tipo en algunos millares de ejemplares y, por tanto, desprovisto de toda personalidad, de carácter propio o de originalidad.

Se trata sólo de reunir, en una atmósfera de franqueza y de buena amistad, a los que luchan activamente contra la explotación y la dominación que sufren individual y colectivamente todos aquellos que trabajan por la conquista positiva, para todos y para cada uno, del bienestar y de la libertad.

El campo es vasto. Que cada cual elija allí su puesto. ¡Pero cuántos esfuerzos pueden ser asociados!

Antiparlamentario, anticapitalista, antirreligioso, antiestatista, antimilitarista: ¿hay un anarquista, uno

solo, que no sea todo eso?

Apelad a todos.

Queridos compañeros:

No se dejará de charlar, por aquí y por allí, y de entregarse a burlas fáciles sobre este llamado al abrazo general.

Vosotros no os dejaréis conmovir por esas charlas.

¿No vale más, entre anarquistas, abrazarse que morderse, trabajar juntos en lugar de trabajar unos contra otros, vivir en paz que hacerse la guerra?

Estamos a la vez llenos de odio y de amor.

Nuestro odio lo dirigimos con todas las fuerzas contra los soportes de la autoridad.

Nuestro odio lo dirigimos con todas las fuerzas, tes poderosos para asociarlos a los de los anarquistas que, como nosotros, aman la libertad y luchan por ella.

Somos ya algunos centenares de compañeros asociados en el seno de nuestra A. F. A.

Pongámonos a la labor; consagrémonos a ella con pasión y perseverancia; y en poco tiempo seremos algunos millares.

Entonces las burlas cesarán e iluminados por la experiencia, los charladores acabarán por unirse a nosotros.

MAX NETTLAU

EL BUEN ACUERDO ANARQUISTA

Desde hace largo tiempo el anarquismo militante no ha producido un documento más razonable y bienvenido que *La Síntesis anarquista* de Sebastián Faure (20 de febrero de 1928; suplemento del "Trait d'Union", boletín mensual, París, 55, rue Pixerecourt, XX). La copa del aislamiento y del fanatismo estaba llena y se ha desbordado por fin; después de la "Plataforma" y el congreso de octubre de 1927 ha venido la revulsión, la vuelta al buen sentido, la necesidad de ver vivir las diversas corrientes anarquistas, principalmente el anarco-sindicalismo, el comunismo libertario y el individualismo anarquista, en buena inteligencia, en buen acuerdo, "pasando la esponja sobre nuestros errores recíprocos y adquiriendo el compromiso de no remover esas tristezas". Si esta iniciativa tomada por Sebastián Faure es seguida de ejecución sobre una gran escala y en todos los países, el anarquismo habrá adquirido en fin una de las condiciones esenciales a todo movimiento viviente y progresivo, saldrá de la inmovilización doctrinaria, de la restricción en límites, por no decir fronteras, estrechos, del acogotamiento brutalizante y fanatizante, en una palabra del sectarismo miope que limita toda su fuerza de atracción.

Porque a los ojos de todo investigador reflexivo ha debido presentarse el gran contraste entre la amplitud de las concepciones anarquistas generales y la estrechez de las proposiciones prácticas, sobre todo de las concepciones económicas preconizadas al mismo tiempo — con una mano parece que se ofreciera la más gloriosa manifestación de la libertad sin límites, y con la otra mano se quita una gran parte de esa libertad en favor de alguna solución-panacea

económica, única y superior a todas las demás posibilidades. Ese *no varietur* de las doctrinas económicas daba a la concepción tan amplia de la humanidad libre y solidaria, ese sello pequeño y restringido que enfurece a los buscadores de libertad y no atrae más que a un número restringido de creyentes. Sin duda la elaboración de proposiciones económicas y de semejantes especializaciones es inevitable y necesaria para ejercitar nuestra inteligencia, completar la imagen de la vida del porvenir que cada cual se crea en espíritu, pero se habría debido decir siempre altamente que esas no son más que hipótesis, posibilidades de las expresiones de nuestros deseos y predilecciones personales, algo que nosotros, disfrutando de libertad y de riqueza sociales, trataríamos de realizar, mientras que otros ensayarían otras realizaciones, — y que no son soluciones, necesidades, caminos únicos, fuera de lo cual no hay más que lo absurdo y lo reaccionario.

En un pasado ya lejano los primeros socialistas, casi todos como hijos de su época autoritaria, llenos de fe en la potencia de una autoridad bienhechora ellos mismos, y completamente privados de todo medio de acción práctica y directa, han propuesto sus ideas de una sociedad libre, igualitaria y feliz, bajo forma de utopías, de sociedades imaginarias, en las cuales fuerzas autoritarias benevolentes e incorruptibles regularían la producción y la distribución y toda otra actividad de la vida social. Más adelante otros autores han hecho lo mismo en los sistemas socialistas que no fueron más que utopías teóricas, sin cuadro romántico ficticio. El *Code de la Nature* de Morelly (1755) es uno de los primeros. Esta for-

ma, tomada tal vez a los sistemas religiosos con sus cosmogonías, origen de todas las cosas, y sus escatologías, las cosas futuras y últimas, era magnífica para atraer a los creyentes fervientes, pero repulsiva para los espíritus críticos que se veían siempre ante un conjunto del cual se les decía más o menos: hay que tomar o que dejar, pero no hay que tocar ahí.

Los primeros anarquistas tocaron, como hicieron, por ejemplo, Godwin y Max Stirner, Proudhon y Bakunin, demoliendo tanto el sistema estatista y capitalista actual como el socialismo erigido en sistema autoritario. Sin embargo, con mucha frecuencia, sea por las disposiciones personales (como quizás para Josiah Warren, que tenía el temperamento del inventor que trata de abrirse un camino y acaba por volverse egocéntrico), sea porque los adeptos les piden consejos prácticos o los adversarios les desafían a probar su caso mediante proposiciones detalladas, etcétera, sea porque ellos mismos están completamente penetrados de sus ideas y no salen de ese círculo — en tales condiciones también los anarquistas han elaborado sistemas demasiado completos, demasiado detallados para no volverse así demasiado estrechos, demasiado su propio producto personal, su utopía individual. Yo pienso que entre los anarquistas más conocidos como autores y pensadores, al lado de Warren, sobre todo Proudhon y Kropotkin pertenecen a ese número. Uno y otro han hecho lo mejor de lo que había en su tiempo, en crítica social y en concepciones generales de las tendencias que conducen a la anarquía — no tengo nada que hacer aquí con esa parte *durable* de su obra, — pero precisamente Proudhon y Kropotkin han elaborado también el detalle del mutualismo y del comunismo con talento y ardor, para hacer de ellos algo que es muy bello cuando se le considera como se contemplan los cuadros, como se goza ante una obra de arte o de ingenio, pero cuando se toma por camino definitivamente trazado, por programa inalterable — entonces se engaña uno: no es otra cosa que el porvenir entrevisto por los anteojos de dos hombres muy inteligentes y muy abnegados, pero eso no es ningún descubrimiento definitivo, ninguna guía, por decirlo así, del viajero anarquista hacia el bello país de la anarquía. Casi todos reconocen hoy que tal es la verdad respecto de las concepciones de Proudhon, hemos visto rodar una tras otra las previsiones de Marx sobre el porvenir, y seríamos lógicos no atribuyendo una superioridad excepcional a las concepciones, en tanto que especializadas en una parte de sus escritos constructivos, de Kropotkin o de otro cualquiera.

Hay anarquistas que se han guardado bien de caer así en el detalle, como se podría decir. Bakunin se ha limitado estrictamente a mostrar lo que era preciso demoler y cuáles eran los primeros fundamentos de una sociedad nueva libre y de qué garantías debía estar rodeada en su comienzo contra la reacción y las desviaciones autoritarias; todo lo demás, según él, se refiere al porvenir y a los hombres futuros. No se encontrará tampoco en la obra de Eliseo Reclus una inclinación a levantar ese gran velo que cubre el porvenir; entrevé las bellezas de una sociedad tan perfecta como posible, de la identidad de la libertad y la solidaridad en la fraternidad universal, el amor, pero se guarda bien de precisar el detalle, aun teniendo, con buen derecho, predilecciones, tolerancias y aversiones personales. Me parece probable que si Kropotkin hubiera podido decir más ampliamente sus últimos pensamientos — su prefacio a la *Palabras de un Rebelde* rusas de diciembre de 1919 me lo hace presumir — habría tratado de coordinar sus ideas



personales con otras ideas que él veía abrirse camino también. Y creo que Malatesta haría lo mismo si pudiese hablarnos.

He mostrado en otros artículos y escritos cómo ya en las concepciones sociales de James Guillaume (1874-76) el detalle económico (colectivismo, comunismo) dependía de la que sería la situación del grupo en la hora dada (de si hubiese abundancia o no, etcétera). Lo mismo en España, hace cuarenta años, Tarrida del Marmol, Mella y otros han propuesto el anarquismo sin epíteto económico, admitiendo a la vez los arreglos comunistas y los colectivistas. Igualmente Voltairine de Cleyre, en 1901, que ponía al mismo nivel los cuatro matices del anarquismo que establece, y explicó su diferenciación por causas locales y otras, y no por errores, extravíos, descubrimientos, progresos victoriosos de lo nuevo sobre lo viejo, como se ha hecho tan a menudo y se hace todavía. Yo mismo he sido en otro tiempo convencido de la superioridad absoluta del comunismo anarquista y de la falta de valor y de las cualidades de superado y de anticuado de los matices colectivista e individualista. Pero desde 1897 aproximadamente ví las cosas de otra manera, reconozco a cada matiz su derecho a la existencia, no pretendo prever el porvenir, no temo la diversidad, sino que la quiero, comprendo que no se subordinará nunca la humanidad a algún sistema único, aunque fuese el mejor, y me complace ver a los hombres por el mayor número posible de caminos y de métodos encaminarse hacia una vida de espíritu libre y de buen sentido social, de que sería verdaderamente presuntuoso querer canalizar la expansión y conducir el océano hacia nuestro molinito de la concepción económica personal, individualista, colectivista o comunista. Sin embargo, se sabe por la carta de Kropotkin a mí en marzo de 1902, publicada en esta revista en 1926, que entonces mi defensa de las ideas semejantes fué vana, como fué lo que escribí al respecto entonces y hasta 1914 en *Freedom, Mother Earth* y *Temps Nouveaux*. En 1926 se reimprimió en New York en inglés un artículo de ese género mío, tomado de *Freedom* de febrero de 1914, y ese artículo fué luego traducido y discutido por anarquistas italianos en sus periódicos, en 1926, esta vez no ya con la intransigencia negativa absoluta o la indiferencia que encontró en los años hasta 1914 casi en todas partes.

Hay, pues, en fin, un poco de progreso en la apreciación de esta idea de la tolerancia mutua y de la buena inteligencia entre todos los anarquistas, cualesquiera que sean las hipótesis económicas que a cada uno le parecen más probables o le son más simpáticas y que cada cual realizará en una sociedad libre, lo que estará en su derecho incontestable.

Por eso deseo buena suerte a Sebastián Faure que levanta su voz, en fin, a favor de esta misma idea de la cual dice: "Yo no he descubierto nada y no propongo nada de nuevo", mencionando al respecto precedentes en la organización Nabat de Ucrania y en la Unione Anarchica Italiana. Habría podido buscar esos precedentes más atrás, como acabo de hacerlo yo, y habría podido insistir sobre las grandísimas resistencias que esa idea encontró siempre — ¡ojalá esas resistencias queden ahorradas a su iniciativa de 1928!

Si puedo aventurar una crítica, el nombre de *sintesis anarquista* no me parece bien elegido. Si los tres matices del anarquismo de que Faure habla no son elementos estrictamente aislados que se repudian uno a otro, como productos hostiles de la especie del agua y del fuego, por ejemplo, el nombre sería excelente. Serán, pues, ante todo elementos tan autónomos como hasta aquí, pero que no se combaten más y viven en "buena inteligencia, incluso concertándose en vista de una propaganda y de una acción comunes" — allí donde les conviene. Muy bien, pero de ahí a una síntesis, a una "combinación de varios elementos" hay gran trecho. Tal combinación podrá resultar de la verdadera experiencia en una vida social libre, y aun entonces no será un resultado permanente, no será más que una grada de la escala de donde se subirá luego a una grada más elevada. No se comienza, pues, por una síntesis; es un esfuerzo preconcebido, premeditado, ¿y quién impondrá ese esfuerzo? ¿Alguna inteligencia superior al margen? Nosotros no queremos jefes inspiradores. ¿O los componentes del grupo? Entonces la síntesis variará de grupo a grupo y en los grupos según la entrada o la salida de miembros. Se estaría ante una especie de representación proporcional, mecanismo que para las ideas no vale nada: una idea no cambia de buena en mala, o al revés, según la cifra de sus adherentes. Así yo no veo qué se podría "poner junto", sin tetizar, componer ahora, sino cosas del todo exteriores y formales.

Sería mejor decir *buen acuerdo anarquista, convivencia anarquista, respeto mutuo anarquista*, lo que garantiza las autonomías y deja a un lado las síntesis prematuras que pueden ser tan molestas como los aislamientos. La verdadera síntesis llegará o no llegará, es decir que, cuando se sea verdaderamente libre y se esté en posesión de las riquezas sociales, no habrá más que la vida libre con sus combinaciones y constelaciones incalculables e innumerables que no se tomará uno ya el trabajo de llamar síntesis; no habrá más que una fase cualquiera de nuestras actividades e inter-relaciones continuas, del movimiento permanente del cual formamos algunos granos de polvo.

¿Será posible ver pronto esta idea de la buena amistad entre los anarquistas de todos los matices generalmente aceptada? Ella implica, como Faure insiste muy justamente, el paso de la esponja sobre el pasado, la cesación de las guerras, polémicas y recriminaciones mutuas. Allí apela a las disposiciones sociales, a las cualidades personales, al valor moral que se posee o que no se posee.

Es imposible conciliar cualidades antagónicas, pero

por eso no hay ninguna necesidad de devorarse o de estrangularse unos a otros. El mundo no está de tal modo poblado de anarquistas que cada cual no pueda ir por donde quiera y volver las espaldas a un ambiente que no le agrada, y no hay necesidad de entablar una lucha por eso, sobre todo cuando se tiene en la memoria que se puede matar a un adversario leal — y sobre todo es lastimoso hacer eso —, pero que no se acaba nunca con un adversario desleal que renueva siempre la querrela y no quiere la paz.

¿No estamos demasiado, aunque sea inconscientemente, bajo la influencia de procedimientos autoritarios que vemos a nuestro alrededor toda la vida?

Así en organización todo el mundo desciende de las organizaciones democráticas autoritarias que el siglo XVIII ha creado, se tiene aun el ejemplo de las organizaciones secretas, el de las organizaciones obreras de defensa práctica e inmediata (trade unions) y el de las corporaciones antiguas de visiones más estrechas, y el de los gobiernos y administraciones de todos los días. De todo eso se deriva una rutina y a menudo una mentalidad más o menos autoritaria, y lo que la anarquía ha tratado de crear en su propio espíritu, el grupo y la federación, o bien el grupo autónomo sufre sin embargo por las infiltraciones autoritarias que sus miembros, educados, como lo estamos todos, en el ambiente autoritario, aportan a él sin saberlo y sin quererlo. Entonces o bien nuestras organizaciones adquieren un sello autoritario, o, salvándose de ese peligro, se cae en una indiferencia, en una negligencia, en una falta de puntualidad, etc. que disminuye mucho su eficacia, o se erige en principio un antiorganizaciónismo, lo que es fácil de decir en principio, pero que carece de contenido real, activo, creador, como toda negación pura.

Y el espectáculo de las guerras, de las violencias, del militarismo, ese verdugo colectivo permanente de los pueblos, de las querrelas y litigios envenenados por los tribunales, todo ese salvajismo que fomenta la crueldad y la intratabilidad, todo eso aceptado como la cosa más natural por el patriotismo y la mentalidad del Señor-Todo-el-Mundo — ¿no hay en todo eso un estimulante perpetuo para nuestras guerras intestinas, para nuestras polémicas envenenadas e incurables, para nuestros odios y querrelas que, ahora, llenan y manchan los periódicos, pero que, como se ve en Rusia desde hace diez años, los de los socialistas que tienen el poder material se siguen e intensifican por la muerte, la prisión dura y la deportación de sus adversarios en ideas, suprimiendo al mismo tiempo toda expresión de un soplo de oposición y de disidencia?

Y como los hombres están reclusos en Estados, separados por lenguas y nacionalidades, organismos de inter-hostilidad permanente que no buscan más que la oportunidad de erigir su superioridad uno sobre otro, si no de destruir y englobar enteramente a los más débiles, y como raramente alguna cuestión común a todos puede ser resuelta equitativamente, salvo al fin de las transacciones más complicadas (pensad en el "desarme" discutido en Ginebra desde hace tantos años, en la libertad de comercio cada vez más reducida, etc.) ¿se cree que eso no tiene un efecto deletéreo sobre la mentalidad de los hombres avanzados también?

La diplomacia de los Estados, lenta y pesada, malvada y dilatoria, ineficaz en suma para hacer otra cosa que llenar de intrigas y de banalidades los intervalos entre las guerras, tiene su contraparte en la diplomacia obrera y socialista, sindicalista y anarquista. También aquí la organización es un organis-

mo que posee las cualidades de un Estado, que ante todo mantiene su potencia, sus intereses, su prestigio. Los Estados no pueden y no quieren llegar a ninguna solución relativamente equitativa y razonable sobre el desarme, las obstrucciones aduaneras y sobre cualquier otra cuestión importante, como no pueden ni quieren llegar a un poco de verdadera solidaridad, de internacionalismo no nominal y de frase, sino práctico y de hecho, las organizaciones de los movimientos que acabo de nombrar. He dicho ya en otra parte que desde el congreso de Basilea de la Internacional en 1869, hace casi sesenta años, nunca han deliberado juntos los diversos matices socialistas y anarquistas sobre un terreno igual, entre cantidades de delegados espontáneamente constituidos, en una atmósfera mutuamente amistosa. (Es inútil recordar aquí algunas raras ocasiones posteriores que yo podría fácilmente enumerar: examinándolas de cerca se vería que las condiciones de igualdad fraternal y de representación amplia y espontánea de 1869 no han existido en los congresos o reuniones posteriores que, por lo demás, han cesado enteramente desde hace ya mucho tiempo). Desde 1870 la situación política en Europa fué la de hostilidad permanente que se manifestaba en guerras y preparaciones de guerra — fué lo mismo desde 1871 (conferencia de Londres), 1872 (congreso de La Haya), en la Internacional, escidida desde entonces, y ni los Estados ni los obreros socialistas organizados han sabido, ni querido, fundar la paz después. A la situación particular creada desde 1917-19 por la revolución rusa y los tratados de "paz" en Europa, corresponde el seccionamiento de los obreros sindicados en las tres Internacionales, la de los países de la Entente en primer lugar, la de Rusia y de sus vanguardias comunistas por otra parte y la que corresponde más o menos al sentimiento de los países neutrales. Y parece que esas escisiones y grupos de los Estados y de las organizaciones obreras tienen verdaderamente un denominador común que es la mentalidad general presente en cada país, de la cual los partidos avanzados, incluidos los anarquistas, no saben emanciparse. Esto es quizás inevitable, puesto que una atmósfera asfixiante ataca a todos; en fin, si es así, es preciso darse cuenta de ello bien pronto y abrir las ventanas de par en par o, de lo contrario, sucumbiremos todos.

En fin, si se es de esta lentitud y de esta falta de buena voluntad desesperantes para entenderse relativamente, para llegar a un modus vivendi un poco más social y solidario que perro y gato, agua y fuego, ¿cuál será entonces la situación en tiempo de una revolución social? Todo el mundo con el cuchillo fuera, como hoy las arengas y las plumas son infatigables en el entredesgarramiento. ¿Y cómo organizar con tales hábitos inveterados una producción y una distribución solidarista, sea mutualista, colectivista o comunista? Localmente se estará entonces bajo el imperio de los odios y aversiones acumuladas de los unos contra los otros, y en los territorios e internacionalmente se tendrán los hábitos del prestigio local, de las compensaciones, de las transacciones dilatorias, y si se tratase de transportar productos locales a una distancia alejada donde se les necesita, eso se podrá hacer aquí y allí rápidamente, con impetu, sin cálculo, será ciertamente en la mayor parte de los casos objeto de negociaciones, compensaciones exigidas, tentativas de prevalerse de alguna superioridad local, en una palabra, no marcharía más pronto que los trabajos de la Liga de las Naciones de Ginebra y no habría que asombrarse si, a con-

secuencia de las postergaciones, de las dilaciones la impaciencia se hace sentir y si algunos creen necesarias decisiones violentas, el régimen personal, la dictadura.

Para evitar eso es preciso el aprendizaje de la libertad y de la solidaridad y convivencia y tolerancia, y ese espíritu no caerá en nosotros en forma de paloma como el Espíritu Santo, sino que hay que formarlo por la práctica de todos los días en el intervalo, grande o pequeño, que nos separa de las crisis sociales nuevas. Todos hemos fracasado en las grandes ocasiones de acción internacional presentadas por la revolución rusa y el fin de la guerra, en 1917-19, hemos fracasado en las ocasiones que se presentaron después, desde Italia en 1920 a China en 1927. Tratemos, pues, de obrar mejor por fin y de no presentar al capitalismo, desunido individualmente, pero, sin embargo, más unido que nunca en la defensa violenta de sus acaparamientos y privilegios, el espectáculo de desmenuzamiento y de entredesgarramiento individual, al cual no corresponde una voluntad revolucionaria colectiva desgraciadamente: si hay alguna cohesión en la defensa obrera, no hay ninguna en el ataque obrero y no la habrá después de una revolución social, en el tren que van las cosas y según lo que nos muestra el ejemplo de Rusia desde 1917...

Sin exagerar, sufrimos, pues, todos mucho la influencia de la atmósfera autoritaria que respiramos por cada soplo de aliento. Hay, sin embargo, ya en el mundo presente algunos ambientes en que el aire está un poco menos viciado. Así la ciencia y el arte han pasado ya a través de esos períodos tenebrosos y se han creado una vida libre. Lo mismo ocurre en la ciudad, de la aldea a la capital; se ha desarrollado en ella una convivencia local que permite la residencia sin interferencia de hombres de los oficios, de las nacionalidades, de las religiones, de las opiniones más diversas, y este ejemplo, con todas sus imperfecciones que no desconozco, es más edificante que el ejemplo de las escisiones cada vez más envenenadas que ofrecen los movimientos avanzados. La *convivencia* es una forma social superior al *aislamiento*, puesto que el ambiente social agrega fuerzas al individuo que, aislado, o bien se empobrece y se atrofia o bien acapara las fuerzas de otro sin reciprocidad, se convierte o permanece un ser



antisocial, que engorda a expensas de una colectividad a quien explota.

¿Cómo podremos reproducir en una sociedad futura libre, al menos la comodidad, la seguridad, los confortos que han sido creados por la convivencia apacible en las ciudades — en oposición a la vida antisocial de los jefes feudales con sus siervos sometidos, bandidos y nómadas, que vivían a expensas de la comunidad y al margen de ella, — si estamos virtualmente en el estado de esos jefes feudales, bandidos y nómadas fuera de las ciudades que se oprimían, se robaban y se mataban unos a otros?

No; será preciso desembarazarnos de ese espíritu de intolerancia mutua, que nos llega ante todo de la religión que, como la patria, como el poseedor y el privilegiado, no conoce más que a ella misma como fin único y que es hostil a todo lo que está fuera de ella. Si el católico detesta al protestante o al librepensador, y si el comunista detesta al individualista y viceversa, si la Internacional II detesta a la Internacional III, etc., es siempre exactamente el mismo espíritu: es el fanatismo ciego que ha conducido en otro tiempo a los autos de fe, como conduce ahora a la prisión o al muro en Rusia y como inspira las polémicas de la mayor parte de nuestros periódicos.

Por tanto, si la iniciativa de Sebastián Faure de crear un *modus vivendi* entre anarco-sindicalistas, comunistas libertarios y anarquistas individualistas en Francia, triunfa, sería excelente, pero no sería más que el primero de los pasos de la superación que nos hace falta. Porque no estamos solos en el mundo, y si en otro tiempo, hace mucho, se ha podido esperar que, en algunos países al menos, las ideas anarquistas serían aceptadas por la gran mayoría y por todos los hombres activos y alertas del proletariado, sería preciso estar ciegos para no ver que tales situaciones no existen ya hoy o bien no existen más que de un modo por completo local. Entonces, además, se trataba de un número restringido de países; ahora esas cuestiones se agitan en los cinco continentes y sabemos bien que una inmensa mayoría del proletariado se contenta con un socialismo y un tradeunionismo muy anodinos, y que muchos elementos activos y militantes, están en todas partes fascinados por los oropeles de la dictadura. En esta situación hay, pues, al menos, tres grandes tendencias — la libertaria, reformista y dictatorial — que están siempre a la obra para extenderse, que cada cual estará en su lugar el día de las grandes crisis sociales, que cada cual hará todo lo posible por dominar a la otra y ponerla contra el muro si puede (como en Rusia): ¿estaríamos así verdaderamente ante una fatalidad inevitable, contra la cual no hay absolutamente nada que hacer?

Si apresuramos el advenimiento de la revolución, las otras dos estarán allí para tomar el poder y caeríamos del estado de derecho relativo a vivir que nos garantiza incluso el sistema presente, en el estado, sea de lucha a muerte contra los socialistas, sea de derrota y de represión absoluta como en Rusia después de 1918. Es verdaderamente curioso que los países capitalistas de nuestros días son el único lugar en que podemos hacer una propaganda oratoria y literaria relativa no absolutamente obstaculizada, mientras que en el país socialista, Rusia, se ha vuelto tan imposible como en el país medioeval, la Italia del fascismo. ¿Hemos de aceptar todo eso con fatalismo y resignación o más bien debemos luchar contra ello?

Un *anarquismo unido* (no unificación, sino un franco conjunto de todos sus matices), lo mismo que un sindicalismo solidario, que deja juego libre a las diversas etiquetas de marcas rivalizantes, lo mismo que los movimientos progresivos voluntarios de toda especie (cooperación, libre pensamiento, educación libre, mujeres, paz, etc.), una tal *colectividad de voluntades humanitarias y, en grados diversos, anti-autoritarias, libertarias y sociales* deberían tratar a su vez con los grandes bloques reformistas y dictatoriales, y llegar a hacer reconocer su derecho a la existencia, al respeto y, si por crisis de revolución el poder y el monopolio capitalista caen, su derecho a *partes del patrimonio social común de todos, de la tierra, de las riquezas sociales y del libre ejercicio de su género de vida preferida*, en proporción a sus dimensiones. Eso quiere decir que en estas condiciones podrá haber convivencia entre todas esas tendencias, estado de cosas que no es todavía la perfección (que no puede existir nunca al principio de una evolución nueva), pero que me parece infinitamente superior a lo que ha ocurrido en Rusia estos diez años y que se repetirá en todas partes si no se encara por fin una acción del buen sentido contra su advenimiento.

O se hace eso o se perderá aun lo que se tiene, los países caerán en el fascismo o en el bolchevismo y seremos puestos todos en la posición creada a los que están forzados a vegetar en Rusia y en Italia. Comencemos por nosotros mismos y sepulsemos el tomahawk, sacrifiquemos el rencillismo personal al gran fin de una *anarquía de buen acuerdo* que asociará a todas las buenas voluntades vecinas y que ocupará una posición distinta en tonces tanto en el mundo presente como en los días de las grandes crisis y en el gran mañana. Desgarrada como está, se encuentra próxima a convertirse en una cantidad despreciable, a perder aun lo poco que le queda. No síntesis, sino buen acuerdo mutuo y un buen sentimiento de las proporciones que no se detiene en las pequeñas cuestiones mequinas de detalle y de personalidades, sino que marcha recta hacia el gran objetivo, cada cual por el camino y con el ritmo que mejor le conviene. Es verdaderamente tiempo de dejar a un lado todas las excrecencias y de ponernos seriamente en marcha, cada cual como mejor pueda, sin rivalidades ni críticas incesantes.

28 de marzo de 1928.



ERRICO MALATESTA

La evolución del anarquismo

DISCUTIENDO

El "Avanti" del 22 del corriente cortésmente responde al artículo publicado por mí en la "Agitazione" del 14 sobre la evolución del anarquismo: pero, según mi opinión, responde mal y fuera de la cuestión.

Quiere demostrar, en controversia conmigo, que el anarquismo evoluciona hacia el socialismo democrático; y en cambio se pone a sostener que, en homenaje a la verdad y a la lógica, aquella evolución debería ocurrir y ocurrirá.

Confundiendo de tal manera lo que es con lo que se cree que debería ser y que será, todo el que profesa honestamente una idea y la considera conforme a la lógica y a la verdad y tiene fe (es decir fuerte esperanza) en su triunfo, podría sostener que todos los demás evolucionan hacia él; lo que no cambiaría las tendencias reales de los diversos partidos y las relaciones en que se encuentran unos hacia el otro.

Yo podría limitarme a constatar el modo como el "Avanti" ha esquivado la cuestión y no agregar nada más, puesto que se trataba en efecto de discutir los méritos relativos de los programas socialista democrático y socialista anarquista. Pero será bueno seguir al "Avanti" en su terreno y ver si realmente la verdad está de su parte y la lógica debe llevar a los anarquistas a donde él dice.

El "Avanti" me responde sobre tres cuestiones: la del modo, radicalmente diverso del nuestro, como los socialistas demócratas quieren realizar la transformación social; la del Estado en la sociedad futura y la de las elecciones.

Sobre la primera cuestión yo había dicho que los socialistas democráticos quieren transformar la sociedad presente por medio de leyes, y el "Avanti" responde que no es verdad que ellos quieran servirse solamente de leyes; en verdad yo no había puesto allí el "solamente"; pero si lo hubiese hecho no me arrepentiría tampoco, pues es sabido que para los socialistas demócratas toda propaganda, toda agitación, toda organización tiene por objeto final la conquista de los poderes públicos, es decir el poder de hacer las leyes. Y la "Crítica social", de la que el "Avanti" no pondrá en tela de juicio la autoridad, en su número del 16 de mayo, lamentando que "la lucha electoral, que debería ser el índice de la acción y de la fuerza del partido, se ha convertido casi ella sola en esa acción y en esa fuerza", llega a decir: "Abstractamente, metafísicamente, se puede pensar que basta. El proletariado poco importa que sepa, que comprenda, que quiera, que obre él mismo: basta que adivine y que vote. Así poco a poco se volverá mayoría y otros por él transformarán el Estado en su beneficio". Y si la "Crítica" hallaba que esa verdad abstracta no es verdadera en concreto, era sólo porque el gobierno puede cercenar en el puño de los socialistas el arma del voto y entonces el partido no estaría en situación de oponer ninguna resistencia,

"ni siquiera la huelga de las artes mayores en los centros mayores".

El "Avanti" puede decir, si le agrada, que esto "no es verdad" y que yo conozco mal y juzgo peor el programa de los socialistas democráticos; pero está el hecho que los anarquistas convienen todos, en este asunto, en la misma opinión que yo he expresado y creen estar en la verdad; por tanto, nada de evolución en el sentido que dice el "Avanti".

Sobre la cuestión del Estado, habiendo afirmado que el Estado será siempre órgano de explotación, el "Avanti" me acusa de haber caído en "un equívoco muy grande", porque... *la literatura socialista (democrática) científica y popular está toda informada en el concepto que, suprimidos los antagonismos de clase, desaparecen las funciones opresivas del Estado*. Esto es en efecto una cosa sabida, y yo había dicho ya, en el mismo fragmento reproducido por el "Avanti", que según los socialistas democráticos el Estado se convertirá, en la sociedad futura, en órgano de los intereses de todos; pero es igualmente sabido que los anarquistas piensan (y es por eso que son anarquistas) que el Estado no sólo es "instrumento de opresión en manos de la clase dominante", sino que constituye él mismo, con su personal, una clase privilegiada con sus intereses, sus pasiones, sus prejuicios particulares, y que una sociedad en que se hubiese abolido la propiedad privada y conservado el Estado, sería siempre una sociedad basada en el antagonismo de los intereses, y pronto vería resurgir en su seno, por obra y protección del Estado, el privilegio económico con todas sus consecuencias.

No es el caso de discutir a fondo esta cuestión, que la "Agitazione" ha tratado ya y sobre la cual deberá ciertamente volver continuamente, tratándose de la base misma del programa anarquista. Importa notar sólo, para los fines de la presente polémica, que si los anarquistas se convenciesen alguna vez de que el Estado puede llegar a ser una institución benéfica y existir útilmente en una sociedad de libres y de iguales, entonces no habría que decir que el anarquismo ha evolucionado hacia el socialismo democrático, sino simplemente que los anarquistas se han convencido de que estaban equivocados y se han vuelto socialistas demócratas. Y este no es el caso. Sobre la cuestión, en fin, de la abstención electoral, el "Avanti" razona de un modo todavía más singular.

Yo había dicho: "Buscamos en el movimiento obrero la base de nuestra fuerza y la garantía de que la próxima revolución sea verdaderamente socialista y anarquista; y nos alegramos de toda mejora que los obreros consigan conquistar, porque aumenta en la clase trabajadora la conciencia de su fuerza, excita nuevas necesidades y nuevas pretensiones, y adelanta el punto terminal, donde los burgueses no pueden ya

ceder sino renunciando a sus privilegios, y por tanto el conflicto violento se vuelve fatal".

El *Avanti* cita ese fragmento, pero suprime las palabras que yo he puesto en bastardilla y deduce conclusiones que, si yo me hubiese detenido allí donde el *Avanti* interrumpe la cita, serían perfectamente justas.

Vosotros propugnáis, dice el *Avanti*, la resistencia obrera en el campo económico para mejorar las condiciones de los obreros; pero así como hay mejoras imposibles de obtener mediante la simple resistencia y menos aún se puede con la resistencia al capitalismo, la lógica os llevaría necesariamente a la resistencia política... que para el *Avanti* es sinónimo de lucha electoral.

El *Avanti* no ha pensado (aunque el pasaje por él suprimido en la cita de mis palabras lo hacía entender claramente) que la lógica podría llevarnos, y nos lleva en efecto, a la revolución.

Creemos, por lo menos tanto como los amigos del *Avanti*, que la organización corporativa, la resistencia económica y todo cuanto se puede hacer en el régimen actual no puede resolver la cuestión social, y que, aparte de los efectos morales, apenas si sirve para asegurar a una fracción del proletariado las mejoras que necesita defender con una lucha continua contra las insidias siempre renacientes de los patronos; y estamos convencidos que la libertad y el bienestar asegurados a todos no se tendrán más que cuando los trabajadores se hayan posesionado de los medios de producción y se hayan puesto a la organización de la vida social, y que para hacer esto es preciso desembarazarse del poder que está en guardia por el capitalismo y se atribuye el derecho de soberanía sobre todo y sobre todos. Pero creemos que la lucha electoral no vale para domeñar el poder, y si pudiese, no haría más que pasarlo a mano de otros sin ninguna ventaja sustancial para el pueblo; por eso es que nos esforzamos para alejar a los trabajadores de un medio ilusorio y dañoso, y aceleramos con los deseos y con la acción el día en que, desarrollada suficientemente la conciencia y la fuerza de los trabajadores, éstos afirmarán con los hechos la firme decisión de no querer ser más tiempo explotados ni dominados, y tomarán posesión, directamente y no por medio de delegados, de la riqueza y del poder sociales. Si después esa determinación de los trabajadores comenzase a manifestarse mediante la negativa del trabajo o la negativa del servicio militar, o la negativa a pagar los impuestos y tributos, o la confiscación popular de los artículos de consumo, o las barricadas y las bandas armadas, esa cuestión que resolverán las circunstancias y que, de cualquier modo que sea resuelta, llevará siempre a los mismos resultados: el conflicto violento entre el viejo mundo que se obstina en vivir y el nuevo mundo que quiere triunfar sobre las ruinas de aquél.

El *Avanti*, a lo que parece, no nos ha entendido de ningún modo: ha creído que habíamos cesado de ser revolucionarios.

Y en cambio creemos más que nunca en la necesidad de la revolución; y no ya en el sentido "científico" de la palabra, en cuyo sentido se llaman a menudo revolucionarios incluso los legalitarios, sino en el sentido "vulgar" de conflicto violento en que el pueblo se desembarazará por la fuerza de la fuerza que le oprime, y realizará sus deseos fuera y contra la legalidad.

Nuestra evolución se reduce a esto: que habiendo visto que con los viejos métodos la revolución no se

hacia ni se aproximaba, hemos abrazado métodos que nos parecen más apropiados para prepararla y hacerla.

Los socialistas democráticos creen que estamos en un error y por tanto hacen bien en tratar de convertirnos, como nosotros tratamos de convertirlos a ellos; pero no demos por hecho lo que es un simple deseo, no vendamos la piel del oso antes que el oso esté en nuestro poder.

La "Giustizia" de Reggio Emilia, en uno de sus últimos números, reproduciendo un pasaje de la "Agitazione", en donde se insiste en la necesidad de preparar y de hacer posible la revolución mediante la organización obrera y la pequeña lucha cotidiana, se complace en decir que hemos reconocido finalmente lo que los socialistas democráticos han predicado y practicado siempre, y por lo cual nosotros les hemos atacado y vituperado ásperamente.

Eso no es exacto.

Las razones de nuestra divergencia de los socialistas democráticos han sido siempre las mismas de hoy. Si los hemos combatido con acrimonia no ha sido porque ellos se ocupaban del movimiento obrero más de lo que lo hacíamos nosotros, sino porque ellos trataban y tratan de dirigir aquel movimiento hacia objetivos que nosotros creemos perjudiciales a los verdaderos intereses del socialismo. Pues entre las causas por las cuales los anarquistas han mirado siempre con sospecha las organizaciones obreras no decididamente revolucionarias, y por las cuales hoy aun algunos de los nuestros no ponen en su propagación el necesario fervor, está, en último lugar, la que los propagandistas del socialismo democrático han hecho y hacen todo lo posible para desacreditar en el ánimo nuestro sirviéndose de ellas para hacerse nombrar diputados.

Y yo me recuerdo de haber sido, en 1890 ó 1891, tratado mal por la "Giustizia" (no digo que yo la haya tratado mejor) porque Prampolini quería que la manifestación del primero de mayo se hiciese en cambio el primer domingo del mes, y los amigos de Reggio publicaron un escrito mío para protestar contra una proposición que quitaba a la manifestación su significado y su importancia. Lo que prueba que yo estaba en desacuerdo con la "Giustizia", no porque el periódico patrocinaba la resistencia obrera más de lo que lo hacían mis amigos, sino porque tendía, al menos a mi juicio, a desviar el movimiento obrero y lo obstaculizaba precisamente cuando iba a marchar por un camino poco apto para favorecer candidaturas al parlamento, pero óptimo para habituar a los trabajadores a obrar de concierto y darles conciencia de la propia fuerza.

Por lo demás, si los anarquistas se han excedido a veces en los ataques contra los socialistas democráticos, éstos los han provocado gravemente, pues en lugar de combatirlos por lo que somos, han tratado siempre de presentarnos bajo una luz falsa. Y propiamente la "Giustizia" se obstinó una vez en sostener que los anarquistas no son socialistas: cosa que proporcionó mucho placer a Napoleone Colajanni, pero que no hizo ciertamente honor al espíritu de verdad que sin embargo distingue de ordinario, me complace en reconocerlo, al órgano socialista de Reggio Emilia.

24 de octubre de 1897.

(De *L'Agitazione*, Ancona, N.º 33, del 28 de octubre de 1897).

JEAN GRAVE

LAS REFORMAS Y LOS ANARQUISTAS

Que no importa qué reforma del estado social actual — cuando no rompe los rodajes que la constituyen — sea impotente para cambiar los malos efectos de esta estado social, de eso están convencidos hace mucho tiempo los anarquistas, y es por eso que fueron siempre más o menos adversarios de las reformas preconizadas por los políticos, incluso de las preconizadas por gentes que admiten que la sociedad actual no es la perfección soñada y creen de buena fe poder, con ayuda de reformas graduales y apropiadas, realizar una sociedad de justicia y de bienestar para todos.

Pero por impotentes que sean para curar radicalmente los males que la organización social capitalista engendra, algunas de esas reformas no pueden menos de aportar a los trabajadores una mejora en relación con su estado presente; ¿deben ser combatidas, aun cuando esa mejora sea sólo pasajera?

Aquí tal vez se me va a acusar de ser el testarudo que soy, pero los trabajadores serían bien tontos si rechazasen toda mejora que se presente a su alcance. ¡Pero!... he aquí que hay un pero; que en el curso de la lucha ellos acojan toda ventaja que se presente, es lógico; sin embargo, no deben hacer de esas ventajas el objetivo de su actividad.

Por lo que deben luchar es por su emancipación total, para crear el estado social en que hallarán la posibilidad de satisfacer integralmente sus necesidades.

Si saben luchar por afirmar su derecho integral a más bienestar, a más justicia, las mejoras se presentarán por sí mismas, sin que tengan que luchar especialmente por ellas. Habrá siempre gentes en número suficiente, bastante timoratos para temer un cambio social, pero capaces de encarar las mejoras susceptibles de prevenir ese cambio. Dejémosles obrar según sus posibilidades, obrando nosotros de acuerdo a las nuestras.

Estas ideas se me ocurrían al leer el folleto editado por el "Impartial Français": *Essai sur la question sociale*. En este folleto el autor propone deducir sobre el impuesto — o más por el impuesto — una cierta suma que permita subvencionar algunos sindicatos a fin de hacerles posible la creación y la administración por ellos mismos, de obras de previsión, o cooperativas de producción y de consumo, o tal o cual otra obra del mismo orden.

Y eso, según los autores del proyecto, bastaría para resolver la cuestión social. ¡Qué error!

Tratar de curar el mal dejando subsistir las causas que lo engendran eso, en lenguaje popular, equivale, llanamente a poner cataplasmas sobre una pata de palo.

Todo eso es política y la política no es más que una superfetación en el orden social. Debe desaparecer y los dirigentes con ella, así como los fabricantes de leyes y los que las aplican.

Hemos tenido, desde 1789, una media docena de revoluciones o golpes de Estado, cambiando el régimen político existente en vista de mejorar la situación de los gobernados. No se cambió nada más que el personal — cambio de etiquetas más que de instituciones. — Los que tomaban el poder se contentaban con continuar los errores de los que habían reemplazado.

Sin contar la comedia parlamentaria que, diariamente, hace pasar el poder de una parte a otra, sin ningún beneficio para el conjunto de los gobernados.

Sería tiempo de acabar con esa comedia, que no tiene por resultado más que el hacer perder de vista a los interesados, el lugar donde reposa la verdadera solución.

No es con ayuda de tal o cual ley como los individuos se libertarán, sino obrando por sí mismos, ejerciendo los derechos que reclaman.

El autor del folleto en cuestión hace datar el sindicalismo de la ley de 1884, que le reconocía su derecho a la existencia.

Los obreros no habían esperado la ley de 1884 para sindicarse. A pesar de las vejaciones, a pesar de las persecuciones, a pesar de los arrestos, habían formado grupos de resistencia, bajo una forma u otra, que las autoridades pueden bien disolver encarcelando a sus animadores, pero que se rehacían bajo otras formas. Y la ley de 1884 no hizo más que reconocer un estado de cosas que la autoridad no podía impedir ya.

Sólo que, como toda ley, la de 1884, al "delimitar" el derecho de sindicación, lo "limitaba" prácticamente. "Delimitar" ¿no es imponer barreras? Hacer reconocer un derecho por la ley es adelantarse a una restricción. Los trabajadores — como todos los que quieren emanciparse deben — si quieren emanciparse completamente — defenderse de toda ley.

Los obreros han llegado a hacer reconocer su derecho a la asociación, sin ponerse a remolque de ningún político; ni esperando que éstos quisieran interesarse por ellos, si no obrando por sí mismos, afirmando el derecho que querían conquistar.

Es así como deben obrar los que quieren una humanidad libre. Y eso para todas las reclamaciones. Toda ley vale sólo por aquello que son capaces de hacer respetar aquellos a quienes pretende favorecer.

La ley no crea el derecho. El parlamentarismo no es más que una diversión destinada a hacer perder el tiempo a los que son bastante tontos para

dejarse atrapar. Cuando los interesados no son bastante "activos" para hacer respetar sus derechos, la ley es fácilmente desviada de modo que la convierte en todo lo contrario de lo que el legislador había previsto.

El autor de este mismo folleto pretende (pág. 80) "que sólo los capitalistas y los patrones obtienen una remuneración suplementaria a su trabajo o al alquiler de su capital, y que solamente los obreros reciben la contraparte exacta de su trabajo". Otro error. Los patrones y capitalistas no reciben un excedente de salario más que porque los obreros no reciben completamente el valor de su trabajo, y no lo recibirán jamás mientras la sociedad esté basada en la apropiación individual, en el mercantilismo, el agiotaje y el salario.

Ante todo el alquiler del capital no es más que un modo de robar legalmente. El capital no existe más que porque la sociedad está mal organizada. La producción podría pasarse perfectamente sin la ayuda del capital si la sociedad estuviese organizada más inteligentemente. Todo lo que va al capital como interés, dividiendo no es más que un robo que se hace al trabajo.

Así, en tanto que los medios de producción sean acaparados por individuos o sociedades, en tanto que haya una remuneración por el trabajo, en tanto que haya una medida del valor — dinero o bonos de trabajo — para los cambios entre individuos o grupos, existirá una minoría de aprovechadores y una mayoría de explotados a quienes se les rehusará la posibilidad de satisfacer todas sus necesidades.

La suerte de esa mayoría de explotados podrá ser mejor o peor. Pero si no es de bronce la ley de los salarios, no por eso deja de haber tal ley. Supongamos que sea de caucho; pero incluso el caucho tiene un límite de resistencia. Si se tira demasiado se rompe.

Si se quiere que cada uno pueda consumir según sus necesidades normales, la apropiación de las tierras, de los medios de producción y de comunicación deben ser la propiedad de todos. El valor de cambio, el salariado deben desaparecer.

Y es fácil de explicar:

El obrero recibe una cierta suma por fabricar un objeto, pero esa suma no representa más que una parte del valor del objeto que, antes de llegar a manos del consumidor habrá incorporado al salario de todos aquellos que hayan cooperado a su fabricación, el precio de los materiales de que está compuesto, así como el beneficio de los intermediarios por los cuales haya pasado. Sin contar la especulación.

Lo que, a fin de cuentas, culminará en el hecho que, para procurarse el objeto que puede fabricar en una jornada el obrero habrá que gastar el precio de dos jornadas, tal vez más. Y como es así respecto de todo lo que se produce, cada salariado está limitado — por su salario — en sus compras.

"Que haga aumentar su salario".

Es lo que hace de tanto en tanto. Pero como el aumento va a incorporarse al precio de las ventas de los objetos que fabrica, su situación, como consumidor, no se encuentra de ningún modo cambiada; no sólo en cuanto a los objetos de su producción, sino igualmente en cuanto a los otros trabajos producidos por otros.

Pues los otros oficios son llevados también por la fuerza de las cosas a hacer aumentar sus salarios.

"Sin embargo — se dirá — es innegable que, en el

curso de la evolución, el bienestar de la clase trabajadora se ha mejorado".

Sin duda, pero como lo he señalado más arriba, si la ley de los salarios no es de bronce, si puede presentar alguna elasticidad, tiene límites en su ductilidad. El obrero vive mejor de lo que vivía hace ciento cincuenta, cien años, pero no por eso vive menos por debajo de sus necesidades, y nada indica que pueda superar esa situación en tanto que las relaciones sociales sean regidas por el sistema económico presente.

No hay más que los que viven del trabajo ajeno, algunos favorecidos de las profesiones liberales, los financistas, los capitalistas que piensan que pueden acrecentar indefinidamente sus salarios. Todos los que "producen" verdaderamente, que viven del trabajo de sus brazos, están encadenados a una vida de privaciones, sin poder salir de ella, salvo dar vuelta a los papeles.

Para poder consumir según sus necesidades, los individuos deben evolucionar en una sociedad en que no haya comercio, en que no se cambien valores contra "valores", sino objetos de "utilidad" o de "consumo" contra otros de la misma especie, en que no haya más que intercambio de "servicios".

Pero para llegar a eso, los individuos no deben contar con el Estado, que no posee nada por sí mismo, y toma de sus bolsillos el dinero que gasta en subvenciones a los que lo sostienen.

Contar, cuando se emprende algo, con la ayuda del exterior, es ir hacia el fracaso.

Cuanto más difícil es la obra a realizar, más deben contar consigo mismos aquellos que quieren realizarla, porque sólo los determinados y los tenaces pueden vencer las dificultades.

Los que no son capaces de hacer el esfuerzo y los sacrificios necesarios para libertarse no serán capaces tampoco aun cuando les llegue la ayuda del exterior.

Pero esos esfuerzos no deben tender a modificar la sociedad actual. Que en el curso del camino se aprovechen de una mejora a su alcance, es natural; pero ese no debe ser su objetivo. Todos sus esfuerzos deben tender continuamente a demoler las instituciones que favorecen su opresión y su explotación.

Demoler la sociedad actual, preparar la sociedad futura, he ahí la obra a que deben entregarse.

Desde hace mucho tiempo se ha reposado sobre el Estado para crear la felicidad de los individuos. El Estado no puede hacer otra cosa que establecer reglas únicas que perjudican a todo el mundo, pues cada individuo tiene su propia concepción de lo que le conviene más.

Todo el bien que puede hacer el Estado no llega más que a los individuos o grupos que viven de la política, o a los intereses particulares en detrimento de la masa.

El Estado no existe más que en detrimento de aquellos a quienes domina. Lo que él gasta es sacado del bolsillo de todos, puesto que, por sí mismo, no produce nada. No puede hacer nada sin aquellos a quienes oprime, siendo que los que lo soportan — si supiesen querer — pueden obrar mejor sin él.

Que los que quieren emanciparse sepan inspirarse en estas verdades, y la política pasará a la historia.



LUIS BONAFUOX

CORZUELO INCAPAZ...

La declaración de incapaz que lanzó sobre sí mismo el señor D. Andrés Corzuelo fué una corazonada sumamente importante. Dicho estimable señor ha declarado, con ingenuidad que envidaría Mariscal, que "él no tiene capacidad para decir todo lo que se le ocurre". Es inmensa la declaración. Aprendan del señor Corzuelo una porción de periodistas tan incapaces como él dice que es, aunque menos ingenuos.

El lacto de D. Andrés y su incapacidad merecen la más sincera felicitación. Porque si el señor Corzuelo tuviera capacidad para decir todo lo que se le ocurre, y si todo lo que se le ocurre es como lo que ha dicho en el artículo *Declaración*, sería cosa de emigrar...

Para decir que *Clarín* es "una gran personalidad literaria", que sus libros "viven y vivirán mientras haya literatura", que esos mismos libros "se encuadernan y guardan en una biblioteca para avalorarla"; que leyó la novela *Su único hijo*, y que después de leerla, "lo único que se le ocurrió" fué volver a leerla, y que después de leerla por tercera vez no se dió por vencido y "tampoco se le ocurrió dejarla de la mano", y sigue con ella por ahí, dando lata...; para decir que él, D. Andrés, es "de los seres privilegiados porque encuentran en las novelas del señor Alas más atractivos que otros lectores"; que el señor Alas "es crítico en la cátedra, en la conversación, en las epístolas familiares", por donde resultaría, si eso fuera cierto, un crítico insufrible a domicilio; que Emma Valcárcel es "un maravilloso ejemplar hecho por Dios con sujeción al modelo presentado por *Clarín*", de lo cual se deduce que *Clarín* es el arquitecto del verbo divino, y que Balzac "prestó su maravilloso pincel al Sr. Alas", y que éste es superior a Galdós, a Pereda, a Larra, y "un escritor sin límites", el más eximio de Lisboa y del ayuntamiento de Oviedo; para decir eso, y ganarse la buena voluntad del Sr. Alas, y algún bombito "de paso", ¿necesitaba el Sr. Corzuelo llamarme *víbora*?... ¿Le parecería bien a ese señor que yo le llamara, por ejemplo, rinoceronte literario? ¿O se figura que, por el hecho de gastar frac en las solemnes recepciones del teatro Martín, puede atropellar a los que no tenemos *smoking*?... Yo creo que el señor Corzuelo comprenderá, aunque incapaz, que se ha *excedido a sí mismo*, a no ser que se propusiera hacerme decir pestes del libro *Su único hijo*, pestes que no quiero decir, porque no he venido al mundo con la misión de apalear diariamente a *Clarín*. Sobre que sería vulgar, cursi, y además molesto para el público, que yo me ocupara uno y otro día en tirar chinitas a D. Fulano, lláme-

se *Clarín* o Juan Llanandancón, é; a Apreaaa ET no debe escribir exclusivamente para sus pasiones o resentimientos... Escribe o debe escribir para el público, y al público madrileño le apeta ya la polémica literaria que sostuvieron hace años el Sr. de *Clarín* y el Sr. de *Aramis*. Hay que tener mundo, salir de Covadonga y demás cuevas o sótanos porteriles, viajar mucho, y *enterarse*... de que *ne quid nimis*.

Yo he dicho ya, a propósito del Sr. Alas, todo lo que tenía que decir. No me parece ahora tan mal escritor como me pareció antaño, por la sencilla razón de que me parece peor, y no sé cómo Lasanta, que tiene buen gusto literario y hace como editor verdaderas maravillas, edita *las cosas* de *Clarín*... a no ser que *Clarín* se las regale y le dé además dinero; pero esto no es probable, porque, según me contó Malagarriga (que no me dejará mentir aunque está en Buenos Aires), *Clarín* "es muy capaz de matarse con Dios por una peseta". Sea de ello lo que fuere, no participo de la opinión de los que afirman que el Sr. Alas no puede hacer cosa de provecho. Es muy joven todavía. Dicen sus biógrafos que *cifra* con los *cuarenta*; — y algunos genios se han destapado más tarde. Tal vez se destape el Sr. Alas si se ocupa en la *Muñeira*, según avisa en su último "Palique"; porque yo he creído siempre que el Sr. Alas es un sopla-gaitas literario.

Por lo demás, los elogios que el Sr. Corzuelo dispensa, en estilo cursi y ramplón, a su adorado tormento literario, están en su puesto, porque... ya lo dice él: "sirva mi opinión de acicate a los compradores".

Por mí... que se *acicate*. Pero ¿hacia falta, para *acicatearlos*, emprenderla conmigo, que no la he emprendido con Vd., ni con el Sr. Alas, ni tampoco con su *Unico hijo* nuestro señor, que fué concebido por obra y gracia de *Minghetti*, y nació de santa Emma Valcárcel, y padeció bajo el poder de Poncio Corzuelo?...

Sea usted *capaz* de ponerse en razón. Deje al Sr. Alas esos tiquis miquis, que — no crea Vd. — me divierten. Figúrese Vd. que llegué de América, y que tan pronto como salté a tierra tropecé con un vendedor del *Madrid Cómico*, y que compré un número (porque soy capaz del mayor sacrificio por mi buen amigo Sinesio), y que oí a *Clarín* preguntando a sus lectores: —¿Qué ha sido de Bonafoux? Poco faltó para que yo le telegrafiará: —Aquí estoy, *compadre*... Acabo de desembarcar... ¡Deje Vd. que descansa un poco!...

La pregunta resultaba oportuna, y... me hizo gra-

O
C
T
A
V
I
O

M
I
R
B
E
A
U



LA MUERTE DEL PERRO

I

Su amo lo había llamado Turco.

Era flaco, amarillo, triste, la mirada baja y el hocico puntiagudo, con orejas cortas y mal recortadas, que sangraban siempre, y una cola que se levantaba sobre su trasero como un tiñoso punto de interrogación.

En verano, Turco iba a los campos, guardaba las vacas, ladraba a lo largo de los caminos tras los coches y los transeúntes, lo cual le valía sendos puntapiés y lluvias de piedras. Su mayor placer era hacer levantar, en medio de un rastrojo tapizado de trébol naciente, a una liebre que disparara ante él, a través de los vallados, ranúnculos, fosos y arroyuelos, y de perseguirla a saltos enormes y en carreras locas, de donde llegaba extenuado, los flancos silbando, la lengua pendiente y chorreando de sudor.

En invierno, cuando las bestias quedaban en el establo adormecidas sobre su lecho tibio, Turco quedaba en su nicho: un miserable tonel desfondado y sin paja, donde dormía todo el día arrollado como

cia. Pero el Sr. Corzuelo no es gracioso (crea a un servidor), ni siquiera oportuno.

En fin, yo diría muchas cosas al Sr. Corzuelo. Pero sería crueldad de *víbora*. Porque ¿qué va Vd. a decir a un Señor que tiene la nobleza de declararse incapaz?...

Menos mal, después de todo, el Sr. Corzuelo, amigo y admirador consecuente del Sr. Alas... Lo peor son otros caballeros que, después de ser vapuleados y escarnecidos por él, le dedican sendos elogios, pidiéndole compasión por amor de Dios, y haciendo con respecto a dicho Señor el oficio del animalito que figura en la caricatura de Muriedas.

una bola, o bien se fásca largamente. Comía una pitanza escasa y hedionda, hecha con chicharrones y agua sucia que se le traía, por la mañana, en una cazuela de barro rota; y cada vez que algún desconocido penetraba en el corral de la granja, se abalanzaba de un salto hasta la punta de su cadena y enseñaba sus dientes, gruñendo.

Acompañaba también a su amo a las ferias, cuando éste tenía que vender un ternero, comprar un cerdo o hacer libaciones en las tabernas de la ciudad.

Por otra parte, era resignado, fiel y desgraciado, como son los perros.

II

Una tarde, hacia el anochecer, al volver de una de esas ferias lejanas con su amo que se había detenido en una taberna de aldea, se perdió. Mientras el amo bebía copas de aguardiente, el perro se había ido a vagabundear por los alrededores, hurgando ávidamente los montones de basura, para desenterrar un hueso o algún otro manjar por el estilo.

Cuando entró en la taberna, avergonzado de su escapatoria y aprontando el lomo para los azotes, no encontró sino a dos campesinos semi-ebrios, que le eran completamente desconocidos y que lo echaron a puntapiés. Turco se fué.

La aldea estaba construída sobre una encrucijada. Seis caminos diferentes confinaban allí. ¿Cuál de ellos tomar? El pobre perro pareció primero muy perplejo. Enderezó las orejas como para asir, en el viento, un ruido de pasos conocido y familiar, olfateó la tierra como para descubrir el olor aun caliente de una pista; después, lanzando dos leves suspiros, partió con presteza. Pero pronto se detuvo, inquieto, todo tembloroso. Marchaba ahora oblicuamente, con prudencia, la nariz a ras del suelo. Se aventuraba solamente algunos metros en los caminos de travesía que desembocan en la carretera, trepaba sobre las esarpas, olfateaba los ebrios extendidos a lo largo de los fosos, giraba, tornaba atrás, volvía sobre sus

pasos, sondeaba la menor plantación de árboles, el menor copo de aulagas.

La noche caía; a derecha y a izquierda de la ruta, los campos se ahogaban en una sombra violeta. Como la luna se levantara y ascendiera en el cielo unido y sin nubes, Turco se sentó sobre su trasero, y el cuello estirado, la cabeza derecha hacia el globo astral, y durante mucho, mucho tiempo, aulló al azar.

—¡Houou! Houou! Houou!

Por todas partes reinaba un gran silencio.

—¡Houou! Houou! Houou!

Sólo los perros de las granjas vecinas contestaron, desde las profundidades de la noche, a los sollozos del pobre animal.

La luna ascendía siempre, brillante y mágica, y la sombra del perro se alargaba sobre el camino blanqueado.

III

M. Bernard, notario, salía de su casa cuando apenas punteaba el alba, y se disponía a hacer su paseo habitual. Estaba completamente vestido de negro, como conviene a un notario. Pero como el estío estuviera en lo más recio, M. Bernard había creído poder matizar su indumentaria con una sombrilla de alpaca blanca. Todo dormía aún en la pequeña ciudad; apenas si algunos despachos de bebidas abrían sus puertas, si algunos terrapleneros, con sus azadores al hombro, se encaminaban con paso arrecido a su trabajo.

—¡Siempre madrugador, eh, señor Bernard!, dijo uno de ellos, saludando con respeto.

Iba a contestar — pues no era orgulloso — cuando vio llegar, desde el confín del Paseo, un perro tan amarillo, tan triste, tan embarrado y que parecía tan cansado, que M. Bernard se resguardó, instintivamente, contra un plátano. Ese perro era Turco, el pobre, lamentable Turco.

—¡Oh! oh! — se dijo M. Bernard —, un perro que no conozco! oh! oh!

En las pequeñas ciudades, se conoce a todos los perros, así como se conoce a todos los ciudadanos, y la aparición de un animal desconocido es un acontecimiento tan importante, tan turbador como la de un extranjero.

El perro pasó ante la fuente que se levanta en el centro del Paseo y no se detuvo.

—¡Oh! oh! se dijo M. Bernard, ese perro al cual no conozco, no se detiene en la fuente. ¡Oh! oh! ese perro es rabioso, evidentemente rabioso...

Temblando, se armó con una gran piedra. El perro adelantaba, trotando despacito, la cabeza baja.

—¡Oh! oh! exclamó M. Bernard, que se había vuelto lívido, veo la espuma. Oh! oh! socorro!... la espuma!... socorro!

Y haciéndose una barricada con el plátano, le lanzó la piedra. Pero el perro no fué alcanzado. Miró al notario con sus ojos dulces, volvióse sobre sus pasos, y se alejó.

IV

En un abrir y cerrar de ojos, la pequeña ciudad fué despertada por esta noticia enloquecedora: ¡un perro rabioso! Algunos rostros, inflados aun por el sueño, aparecieron en las ventanas; grupos de hombres en mangas de camisa, de mujeres en camisola y gorro de dormir, se formaron, animados, sobre los umbrales de las puertas. Los más intrépidos se armaban de horquillas, de garrotes, de hoces y de rastillos; el carpintero gesticulaba con su cepillo, el carnicero con su machete; el zapatero, un jorobadito de

sonrisa obscena, gran lector de novelas por entregas, proponía suplicios espantosos y refinados.

—¿Dónde está? ¿dónde está?

Mientras se ponía a la pequeña ciudad en estado de defensa y se exaltaban las valentías, M. Bernard había despertado al alcalde y le contaba la tremenda historia:

—Se ha arrojado sobre mí, señor alcalde, con la baba en la boca; ¡casi me ha mordido, señor alcalde! gritaba M. Bernard palpándose los muslos, las pantorrillas, el vientre. ¡Oh, oh! he visto muchos perros rabiosos en mi vida, sí, muchos perros rabiosos; pero, señor alcalde, nunca, nunca, he visto ninguno más rabioso ni más terrible. ¡Oh, oh!

El alcalde, muy digno, pero también muy perplejo, meneaba la cabeza, reflexionaba. ¿Pero estáis seguro de que fuese tan rabioso como lo decís?

—¡Tan rabioso como digo! gritó M. Bernard indignado; si lo hubiérais visto! si hubiérais visto la espuma, y los ojos inyectados y los pelos erizados! No era ya un perro, era un tigre, un tigre, un tigre!

Después, haciéndose solemne, miró al alcalde bien de frente y volvió a decir con lentitud:

—Escuchadme, no se trata de política, aquí, señor alcalde; se trata de la salvación de los habitantes, de la protección, de la salvación... lo repito, de los ciudadanos. ¡Si os sustraéis a las responsabilidades que os incumben, si no tomáis, en el instante, una resolución enérgica, lo sentiréis pronto, señor alcalde, soy yo quien os lo dice, yo, Bernard, notario!

M. Bernard era el jefe de la oposición radical y el enemigo del alcalde. Este no vaciló más; y el guarda campestre fué llamado.

V

Turco, refugiado en la plaza, donde nadie se aventuraba a aproximarse, se había acostado tranquilamente. Mascullaba un hueso de carnero que tenía en tre sus patas cruzadas.

El guarda campestre, armado de un fusil que le había confiado el alcalde y seguido por una numerosa escolta, se adelantó hasta diez pasos del perro. Desde el balcón de la casa del ayuntamiento, el alcalde que asistía al espectáculo con M. Bernard, no pudo menos que decir a éste: "¡Y sin embargo, come!" con la misma entonación que debió tener Galileo al pronunciar su frase célebre.

—¡Sí! come... ese horrible animal, ese zorro!, contestó M. Bernard; y dirigiéndose al guarda campestre ordenó:

—No te aproximes, imprudente!

La hora se hizo solemne.

El guarda campestre, el kepí sobre la oreja, las mangas de su camisa levantadas, el rostro animado por una fiebre heroica, armó su fusil.

—No te apures! dijo una voz.

—¡No le erres! dijo otra voz.

—¡Apúntale a la cabeza!

¡No, al corazón!

—¡Atención! dijo el guarda campestre que, molesto sin duda por el kepí, lo envió a rodar tras él, con un gesto brusco, en el polvo. ¡Atención!

Y apuntó al perro, al pobre perro, al lamentable perro, que había abandonado a su hueso, miraba a la multitud con sus ojos dulces y tímidos y no parecía dudar de lo que todo ese mundo quería de él. Ahora, un gran silencio sucedía al tumulto; las mujeres se tapaban las orejas para no oír la detonación: los hombres guiñaban los ojos, se apretaban unos contra otros. Una angustia ahogaba a esa multitud en la espera de algo extraordinario y horrible.

El guarda campestre apuntaba siempre.
—¡Pum! ¡pum!

Y al mismo tiempo estalló un grito de dolor desgarrante y prolongado, un aullido que llenó la ciudad. El perro se había levantado. Cojeando sobre tres patas, huía, huía, el guarda campestre, estupefacto, miraba a su fusil; la multitud atontada, miraba al guarda campestre y el lcalde, la boca abierta, miraba a M. Bernard, sobrecogido de horror y de indignación.

VI

Turco ha corrido durante todo el día, bailando horriblemente sobre tres patas, sangrando, deteniéndose a veces para lamer su llaga, volviendo a partir, tropezando; ha corrido por los caminos, por los campos, por las aldeas. Pero en todas partes la noticia lo ha precedido, la terrorífica noticia del perro rabioso. Sus ojos son huraños, su pelo está erizado; de su boca mana una baba purpúrea. Y las aldeas están en armas, las granjas se erizan de hoces. En todas partes encuentra pedradas, garrotazos, tiros de fusil! Su cuerpo no es más que una llaga, una llaga horrible de carne viva y descuartizada que va dejando sangre sobre el polvo de los caminos, enrojeciendo la hierba, coloreando los arroyuelos donde se baña. Y huye, huye siempre, y tropieza contra las piedras, contra los terrones, contra los mechones de hierba, perseguido incesantemente por los gritos de muerte.

Hacia la noche, entra en un campo sembrado de trigo, de trigo alto y maduro, cuyas espigas de oro balancea muellemente la brisa. Los flancos jadeantes, los miembros rígidos, cae exhausto sobre un lecho de amapolas y ahí, mientras las perdices se reúnen alegremente, mientras canta el grillo, en medio de los zumbidos de la naturaleza que se adormece, muere, sin lanzar un quejido, evocando el alma de los pobres perros que duermen.

Allá bajo la luna brillante y mágica.

— :: —

Estadísticas de la guerra de 1914-18

LO QUE COSTO EN VICTIMAS HUMANAS

	E N T E N T E		
	Moviliz.	Muertos	Heridos
Rusia	12.000.000	1.800.000	3.560.000
Francia	8.200.000	1.306.000	2.460.000
Inglaterra	9.500.000	945.000	2.120.000
Italia	5.600.000	497.000	950.000
Serbia	700.000	400.000	150.000
Rumania	1.000.000	250.000	150.000
Bélgica	400.000	44.000	100.000
EE. Unidos	4.200.000	50.000	240.000
Otros países	600.000	60.000	67.000

IMPERIOS CENTRALES

	Moviliz.	Muertos	Heridos
Alemania	13.250.000	1.885.000	4.249.000
Aust. Hungría	9.000.000	1.450.000	2.000.000

Turquía	1.800.000	450.000	
Bulgaria	500.000	70.000	100.000

LO QUE COSTO EN DINERO

(En miles de millones de pesetas)

Gran Bretaña, desde el 4 de agosto de 1914 al 31 de marzo de 1919	215
Australia, desde el 4 de agosto de 1914 al 31 de marzo de 1919	7.3
Nueva Zelandia, desde el 4 de agosto de 1914 al 31 de marzo de 1919	1.9
Canadá, desde el 4 de agosto de 1914 al 31 de agosto de 1919	7.7
Africa del Sur, desde el 4 de agosto de 1914 al 31 de marzo de 1919	0.8
India, desde el 4 de agosto de 1914 al 31 de marzo de 1919	3.8
Total para el Imperio británico	235.7

Francia, desde el 3 de agosto de 1914 al 31 de marzo de 1919	169
Rusia, desde el 1 de agosto de 1914 al 31 de octubre de 1919	132.6
Italia, desde el 23 de mayo de 1915 al 31 de mayo de 1919	81
Bélgica, desde el 2 de agosto de 1914 a octubre de 1918	5.9
Rumania, desde el 27 de agosto de 1914 al 31 de octubre de 1918	4.5
Serbia, desde el 28 de julio de 1914 al 31 de octubre de 1918	3.2
Estados Unidos, desde el 5 de abril de 1917 al 30 de junio de 1919	161.3
Total para los aliados	557.5

Alemania, desde el 1 de agosto de 1914 al 31 de octubre de 1919	243.1
Austria Hungría, desde el 28 de julio de 1914 al 31 de junio de 1919	124.3
Turquía, desde el 3 de noviembre de 1914 al 31 de octubre de 1918	9.1
Bulgaria, desde el 4 de octubre de 1915 al 31 de octubre de 1918	3.3
Total para las potencias centrales	380.1
Total general	1.173.3

PRESTAMOS A LOS ALIADOS

Gran Bretaña	43.5
Francia	6.7
Alemania	11.4
Estados Unidos	45.5
Total neto de los gastos de guerra	1.066.1

BIBLIOGRAFIA

Adolfo Boyer: *Rotos y perseguidos* (Ed. del autor, Buenos Aires, 1927). 64 págs. Dibujo de Fioravanti. Precio: 30 centavos.

Con una hermosa portada de Octavio Fioravanti, hemos recibido este folletito de Adolfo Boyer, con narraciones conmovedoras de la vida de lo que se llama el "pueblo bajo", el eterno inspirador de todos los que no comulgan en el dogma de la perfección del régimen presente. No carecen los relatos de simpáticos chispazos de humorismo y sobre todo campean en todo el folleto una inquietud y un idealismo que dejan en el lector una impresión durable.

César Sanromán: Colección Teatro Nacional: *Del Gran Mundo*, sainete; *La cabra*, pieza escénica; *Juvenio*, comedia. Ed. La Palestra, Buenos Aires, 1927. 92 págs. Precio: 60 centavos.

Wolney Solterra: *New Odisea*. Editado por el Grupo internacional de estudios sociales, París, 1927. 51 páginas.

Raol Odin: *El amor, la mujer y el hijo*. Trad. de F. Morales. Editorial Prismas. 16 págs. Beziere, Francia. Precio: 0.50 francos.

Guilda de Amigos del Libro

He aquí el resumen de nuestra situación financiera desde el mes de enero hasta últimos de abril:

ENERO	
ENTRADAS.—	
Suscripciones durante el mes	\$ 577.50
Recolectado en Bmé. Mitre 3270	32.50
Total entradas	\$ 610.—

SALIDAS.—	
Trabajos de imprenta	\$ 96.—
Gastos de franqueo	46.30
Total salidas	\$ 142.30
Saldo que pasa a febrero	\$ 467.70

FEBRERO	
ENTRADAS.—	
Saldo del mes de enero	\$ 467.70
Cobrado por suscripciones	484.10
Total entradas	\$ 951.80

SALIDAS.—	
Compra de libros	\$ 139.70
Gastos de franqueo	25.94
Total salidas	\$ 165.64
Saldo que pasa a marzo	\$ 786.16

MARZO	
ENTRADAS.—	
Saldo en caja del mes de febrero	\$ 786.16
Suscripciones cobradas	225.90
Total entradas	\$ 1.012.06

SALIDAS.—	
Pagado en librería	\$ 460.73
Al conserje del C. E. M.	10.—
Franqueo	24.—
Total salidas	\$ 494.77
Saldo que pasa a abril	\$ 517.29

ABRIL	
ENTRADAS.—	
Saldo en caja del mes de marzo	\$ 517.29
Suscripciones	606.—
Total entradas	\$ 1.123.29

SALIDAS.—	
Pagado a librería	\$ 673.70
Libros comprados en otras edit.	7.70
Gastos de franqueo	43.80
Total salidas	\$ 725.42
Saldo que pasa a mayo	\$ 397.87

SITUACION ACTUAL DE CAJA	
Saldo del mes de mayo	\$ 397.87
Cotizaciones adelantadas	95.20
Cotizaciones no controladas por no haber enviado planilla los agentes	292.41
Total	\$ 785.48

NUEVAS ADHESIONES COLECTIVAS

Entre las nuevas adhesiones colectivas no registradas aun figuran la Biblioteca "Proa" (Rosario), la Agrup. Cultural "Anatole France" (Buenos Aires), la Federación Obrera Rusa Sudamericana (Bs. Aires).

En el último número de esta revista dábamos una lista de libros, de la cual es preciso borrar "Noticias de ninguna parte", que repartiremos en edición especial, con prólogo de Max Nettlau, a fines de junio; "Dios y el Estado" recién estará listo para fines de este mes de mayo. "Noticias de ninguna parte" formará un hermoso volumen de 250 páginas, segundo tomo de la colección "Los Utopistas", iniciada con "El Humanisferio" de Dejacque.

El excesivo trabajo de la imprenta durante todo el mes de abril ha retardado las ediciones de la Guilda. Agregamos a la lista de libros del número pasado las obras de Panait Istrati: *Kira Kyraína* y *Mi Tio Anghel*.

Por diez pesos diez libros y una suscripción al diario y al Suplemento



DE LA EDITORIAL
LA PROTESTA

A todo compañero que durante el presente mes nos remita diez pesos, le entregaremos el siguiente material de propaganda:

Una suscripción al diario y al Suplemento, y un lote de diez libros a elegir de entre los volúmenes editados por LA PROTESTA:

Mi Comunismo, por Sebastián Faure.

Temas Subversivos, por Sebastián Faure.

Errico Malatesta, la vida de un anarquista, por Max Nettlau.

La Internacional y la Alianza en España, por Max Nettlau.

Almas Muertas, de N. Gógol (2 volúmenes).

La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin (2 volúmenes).

Consideraciones filosóficas, de M. Bakunin.

Johann Most, la vida de un rebelde, por R. Rucker (2 volúmenes).

El Humanisferio, por J. Dejacques.

El anarquismo en el movimiento obrero, por E. López Arango y D. A. de Santillán.

Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luigi Fabbri.

El Estado, por P. Kropotkin.